

Arturo Reyes

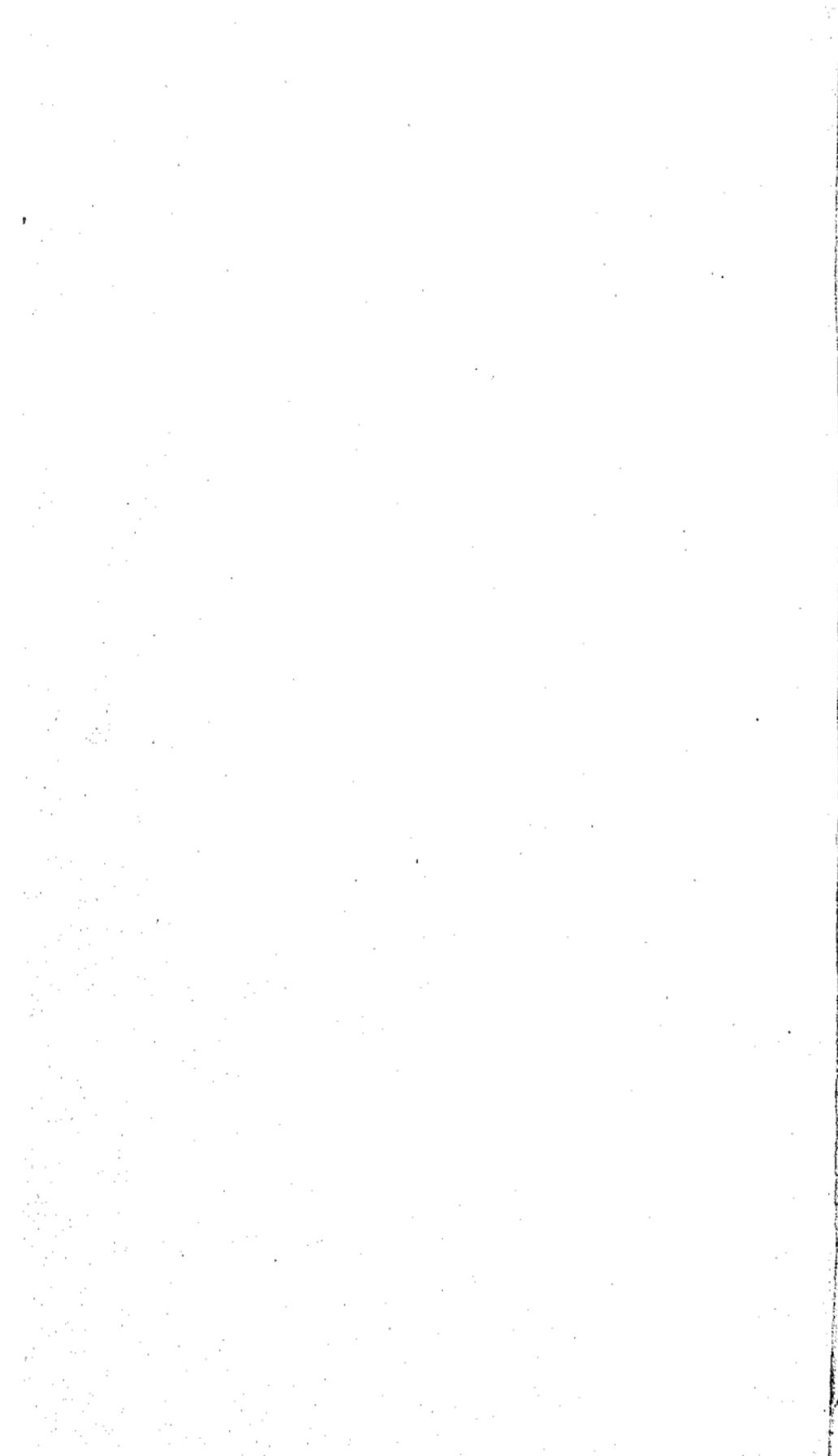
Romances Andaluzes



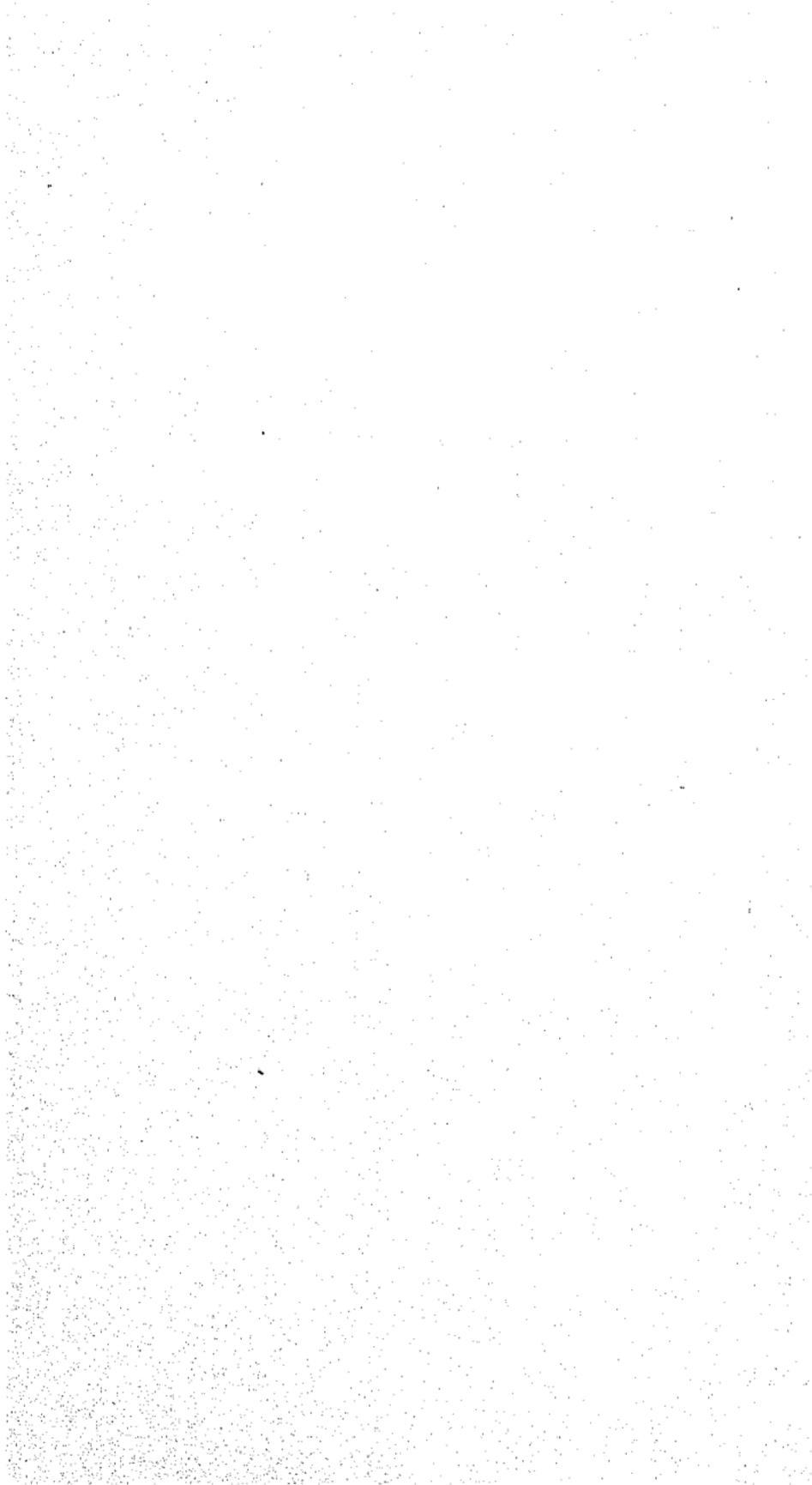
de E. Simonet

MADRID
SUCESORES DE HERNANDO

1912



Romances Andaluces



ARTURO REYES

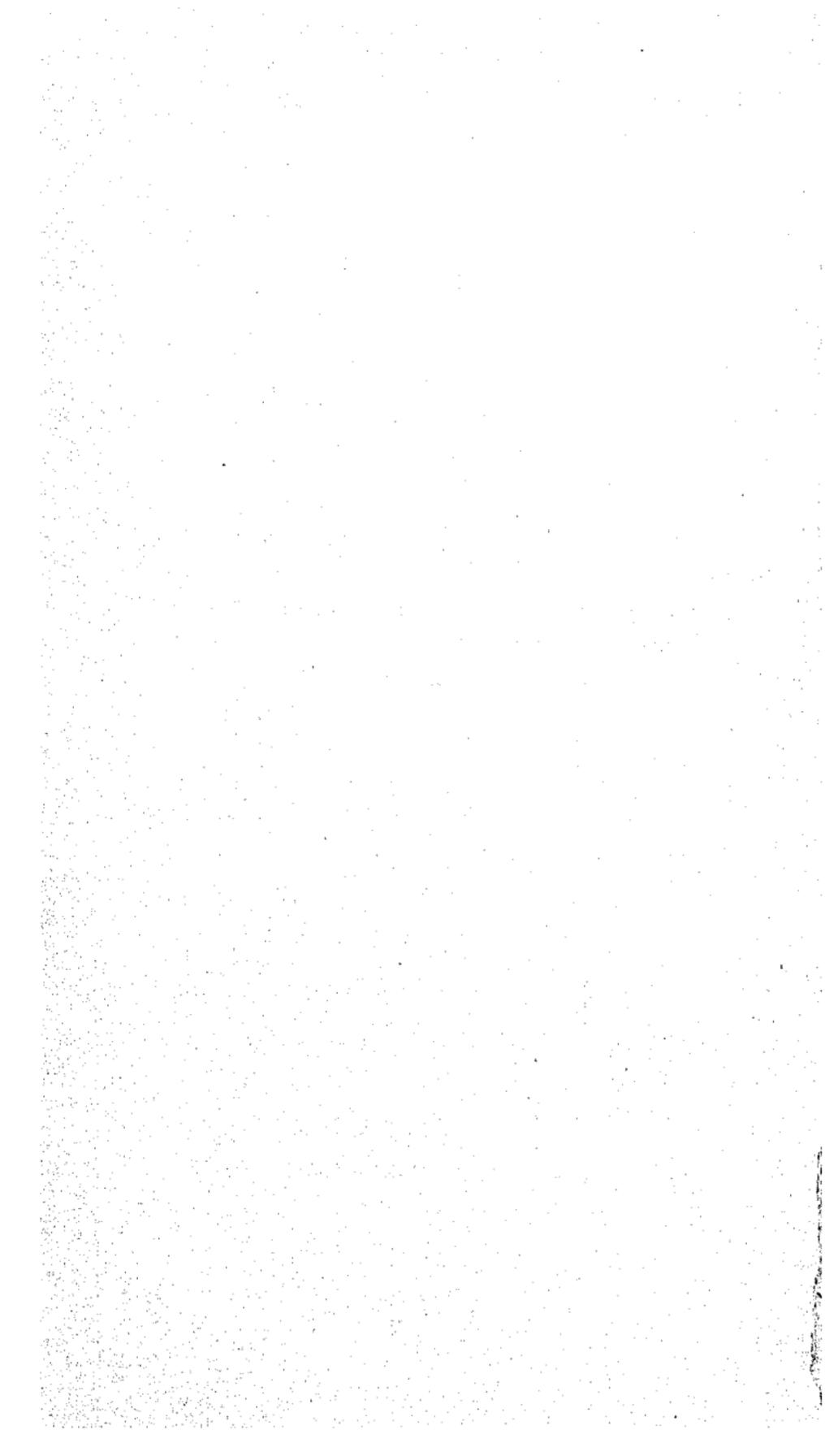
Romances
Andaluces



MÁLAGA

Zambrana Hermanos, Impresores

1912



AL PASO

A Antonio Palomero

Bien entallado el airoso
marsellés; azul la faja
y azul también el pañuelo
que le sirve de corbata;
toda llena de bordados
la pechera de la blanca
camisa; gris el *pavero*;
gris el pantalón de pana,
de corte achulado; y limpio
y bien afeitado; avanza,
andando como por música,
y en la actitud más bizarra
y gentil, Antonio el *Súbito*,
por la calle de la *Jara*,
donde en los limpios umbrales
de sus viviendas, se bañan
en sol que el calor les brinda
que ya á sus cuerpos les falta,
viejas y viejos, en tanto
mozas y mozos entablan
sus diálogos pintorescos,

y en tanto el gallo, en su nasa,
prisionero, luce erguido
su pluma tornasolada,
entre el perro que dormita
y el gato que se solaza
y de un organillo en torno
un bandurrio de muchachas
más desnudas que vestidas,
más, que calzadas, descalzas,
con acompasado ritmo,
llenas de malicia, bailan
á las lánguidas cadencias
del *piano*, con livianas
intuiciones.

De repente,
Antonio el *Sípito* lanza
una exclamación de gozo,
al ver que, grácil y elástica,
con airoso contoneo,
por la esquina opuesta avanza
Rosario la *Quinquillera*,
que con los brazos en jarras,
con la expresión más graciosa
y en la actitud más gallarda,
al brazo un cesto que casi
bien pudiera ser canasta,
echa hacia atrás la cabeza
y más que pregonera, canta
un pregón que más parece
una canción africana.

Y al beso del sol, que en ella
su luz ardiente derrama,
brillan sus ojos de antilope;

su boca, flor perfumada;
su nítida dentadura;
un hoyuelo que en su barba
es un divino marchamo;
su cabellera en dos bandas,
sobre la frente, partida,
y al par sus típicas galas,
el gran pañuelo granate
que ver deja su garganta
que un collar, si no de oro,
dorado, cife; la falda
de percal color de rosa
con volantes que su planta
deja ver, y del cabello
en la espléndida maraña,
y por el tallo prendido,
un clavelón de bengala.

Y en tan fúlgido escenario
rico en tintas, que abrillanta
el sol andaluz, que ríe
en balcones y ventanas,
donde, en tiestos y macetas,
lucen sus broches de grana,
los geranios, y el dompedro,
y los jazmines regalan,
al ámbito cristalino,
sus penetrantes fragancias;
en tan fúlgido y espléndido
y riente panorama,
se detiene Antonio el *Súpito*
y con, en ellos el alma,
los ojos pone en Rosario
y con voz de dulce y blanda

inflexión la dice

—¿Aonde

camina, tan de mañana
el lucero de la tarde?

—¿Aonde quiées tú que yo vaya?
le responde aquélla—en busca
de lo que me jace farta
pa el *churumbel*, y pa el *vato*
del *churumbel*.

—Y qué lástima

me dá de verte, salero!
buscar asín la *gandalla!*
que lástima que una niña
con ese cuerpo, y el arca
de ese cuerpo, y con dos soles
por ojos, y por pestañas
dos quitasoles de sea;
con esa boca que espanta
por lo requetebonita
que es, y con esa mata
de pelo tan anillao,
y con ese tó de naca
que Dios te puso por pecho,
y con esa, tan charrana,
carita que Dios te ha dao;
que una *gachí* que si habla
paése que le pusieron
un canario en la garganta;
que una *gachí* más graciosa
diez veces que toita España,
y más güena que un colirio,
y más relimpia que el agua,
cual eres tú, estás pasando

toitas las *ducas* que pasas,
quando, á tú querer, tendrías
cuanto te diese la gana,
más que cintillos, salcillos;
más que chaponas, enagüas,
y cintillos y chaponas
más que olas besan las playas,
y más vestío de raso...

—Que tú, faroles!

—Qué ganas
tengo ya de darte un susto
á dormivela, y qué guasa
tié mi suerte; que si verte
pudiera yo una mañana
al despertar á mi vera,
otro gallo mos cantara,
y entonces sí que tendrías
lo que te diese la gana,
y un palacio de topacios,
con to er suelo de esmeraldas,
y las paeres de oro
y la techumbre de prata.

—Y to pa mí?

—Pa tí sola.

—Pos mocito, muchas gracias,
por tu garbo y por tu rumbo;
mas no estoy yo pa muánzas,
y además, que yo naíta
de eso quiero; que en mi sala
con alcoba, cuando en ella
está el *gaché* que en mí manda,
el que con solo mirarme
el cuerpo me asolivianta;

un *gachó* que me hirnotiza
er corazón con sus pláticas,
poique es que un *divé* le puso
en los labios tanta *labia*
y tanta miel en los labios
que es toito miel cuando habla;
cuando yo tengo á mi vera
á mi *gaché*, que es la parma,
un *gachó* con más salero
y más salías serranas
que, si él la toca, soníos
las cuerdas de su guitarra;
el *gaché* que yo *curvelo*
más que ar cielo que me ampara;
el que es el campanerito,
gitano, de esta campana;
cuando lo tengo á mi vera
en mi sala, pos mi sala
es un palacio encantao...
conque ve tú izando el ancla,
salero, de esta badía,
que pa el yunque de esta fragua,
gitano, no hay más martillo
que el que en el yunque machaca.

Y al decir esto, Rosario,
vira en redondo, y gallarda
se aleja de Antonio el *Súpito*,
y á poco, de nuevo lanza
al viento su pregón rítmico,
con voz tan dulce y tan lánguida,
que más que pregón parece
una canción africana.

EN MI BARRIO

—Que Dios te guarde, Araceli.
—Venga usted con El, pairino.
—Por vía é Dios que graciosa,
camará, que Dios te jizo!
camará, si fué rumbozo
El que to lo da, contigo!
camará, si te dió cosas
y te derramó rocío
en esa cara-portento,
en esa cara-prodigio,
en esa cara-canasto
de flores.

—¡Y qué malito
que está usted ya pa esas cosas!
—Es que me sacan de quicio,
camará, esas dos estrellas
que puso en el paraiso
de tu cara, Dios.

—Agüelo,
mire usted que se lo digo
á la mairina y se jura
la Constitución.

—Pos dícelo
y que me meta en la *trena*,
que yo, camará, si sigo
mirándote, el mejor día
pierdo el timon, y me orvío
de que tengo en mis cubriles
una grilla y cuatro grillos,
riales y cuasi en pafiales;
me *enzargatono*, me tiño
er pelo, me pongo el terno
conque te llevé al bautizo
y te rarto.

—Pero hombre
si usté ya, según me han dicho,
si se canta unas guajiras
se quea cuasi paralítico.
—Y tú que sabes, gitana;
yo soy un gallo, que piso
mucho más que cacareo,
y yo le mojo al más vivo
la oreja, que tú no sabes
quien soy yo, yo vargo cinco
veces más que tó los mozos
que te rondan, y no digo
na de ese don cartulina
que, según yo sé de fijo,
por tu esgracia y por mi esgracia,
te gusta más que el barquillo
con merengue.

—Gato, zape,
¡qué malo que está el minino!
—Escucha tú y deja al gato.
—Pero oiga usté, ¿quién ha sío

el que ha dicho que me gusta
á mí ese que no atino
yo quién puea ser?

—Vamos, menos
chunga, salero, conmigo;
que yo soy un catredático,
y lo que yo no me explico
es que á tí te guste el *Péndulo*,
un *gachó* que tieé por *clisos*
dos cocos y por orejas
dos plátanos; un mestizo
de *calé* y de castellano,
que se crió en el hespicio
y estudió en el *Mundo Nuevo*,
en donde siempre ha vivío
tal y como siempre vive,
¡de *upa!*

—Vaya, pairino,
cuánto le paga á usted el *Pampli*
por el percal?

—A mí? Un tiro
que le den al *Pampli* aonde
más le duela... Si yo digo
lo que te digo del *Péndulo*,
es porque debo dicírtelo;
porque es la *chipe* ¿tú sabes?
y además, porque te estimo,
y porque no se merece
el *Péndulo* haberse visto,
ni verse en esos tan grandes
y tan requetegrandísimos
charranes que Dios te ha puesto
en la cara, y un delito

que está pidiendo un grillete
es que por *mó* de ese niño
que cuando se jace un terno,
la perilla del ombligo
de tanto sacar la panza
se le sale de su sitio;
que por *mó* de ese mal ange,
por uno que quita el hipo
á cualquiera, desprecies
tú al *Pampli*, que es un partío.
—Partío por la cintura
se veal Pos si el mocito
tieé un mal *arate* que espanta.
—Pos asín y tó, un cortijo
tieé el *gachó* que es un encanto,
y además tieé en el *Campillo*
dos casas, pero dos casas
aún más grandes que el *Legio*;
y además tú, cuando él pase,
fijate bien, no en su fisico,
por más que, aunque te fijaras
con tos tus cinco sentios,
no va á darte ningún flato,
sino fijate en lo fino
que es el calzao que lleva,
que se calza en *ca* de *Chico-*
Ganga y fijate en el terno
y sobre to en los anillos
y en la caena de oro
y además que yo te digo
que es mozo que te conviene,
porque es que además de rico
es la mar de macareno

y además que es el mocito
más de chipé y de más alma
de los mozos de tronío
y de los mozos con ange
y con salero.

—Preciso
es señó don Cayetano
que á usté le jaiga pidió
el *Pampli* que usté le ayúe.
—Pos yo niña te ripito
que *nanai*.

—Pos lo siento
créalo usté, pero muchísimo
que lo siento, y yo quisiera
complacerle, mas yo vivo
siempre soñando y yo sueño
con ese que es un mestizo
de *calé* y de castellano
con ese que tieé por *clisos*
dos cocos y por orejas
dos plátanos, ese niño
que estudió en el *Mundo Nuevo*
y se crió en el hespicio,
ese es el que me saca
el corazón de su sitio,
ese que vive de *upa*
y pa mi cuando lo miro
son sus ojos dos luceros
y sus orejas cintillos
y cuando abre la boca
y me habla... yo me río
del *Pampli* y de sus *parneses*
de su terno y su cortijo

de toitas sus tumbagas
y de sus casas de pisos
y de lo mu bien calzao
que está siempre y de su físico
y de su pare y su mare...

—No te inrrites.

—No me inrrito.

—¡Por via de la Malenal
¡Pa qué me habré yo metío
en darte güenos consejos!
sabiendo cual se que á Cristo
solo lo crucificaron
or meterse en redimirnos.

II

—Aonde vas tú, prenda mía?
—¿Aonde quiere usté, agüelito,
que vaya? Al *Morro* á tirarme
de cabeza!

—¿Y qué motivos
tieés tú pa darte ese baño
de impresión con este frio
que jace?

—Que ya no pueo
seguir viviendo cual vivo;
que no tengo ya ni un trapo
que ponerme; que he tenío
ya que vender jasta el tuétano.

—¿Pero que jace tu mirlo
que no canta?

—¡Cadenetas!...
darme suplicio y suplicio
y suplicio!

—Está parao?

—Cuando duerme, que el *indino*
trabaja, pero tó es poco
pa gastárselo en colirio
con que aclararse la vista
y enturbiarse los sentíos!
Mardito sea er *solera*
y cien mil veces marditol
que er *solera* tieé la culpa

de que yo pase er moquillo
 que estoy pasando; que paso
 las de Caín cuando miro
 que no tengo cañamones
 que darle á mis dos jechizos,
 ¡dos rosas de Alejandría
 que son! y cuasi toitos
 los días, pares y nones,
 se acuestan los probeticos
 como fueyes, y supóngase
 usté si será castigo
 mi castigo.

—Lo comprendo!

Y pensar que fué ese pícaro
 quien se llevó tu presona,
 que era una flor, en el pico,
 pa que cual te ves te veas.

—Como que cuando me fijo
 alguna vez en quien soy
 y recuerdo lo que he sío,
 las lágrimas se me sartan.

—¿Y es verdá lo que me han dicho
 de que tamién te arministra
 más leña que da un olivo
 si lo talan?

—Lo que siento
 no es que me dé leña, sino
 que me tenga á mis *chorreles*
 con hambre y encueros vivo.

—¡Válgame un *divé* der cielol
 y pensar que tú has podío
 estar cual los propios ángeles!

—Que quieé usté, será mí sinol!

—Vamos á ver, Araceli,
si lo que es, no hubiera sío,
y tú tuvieras de nuevo
que escojer entre ese pito
que tan mal pita y el otro...
aquel que tanto te quiso,
aquel que andaba tan loco
y que peleó tantísimo
por ganarte ¿tú á cual de ellos
elegirías?

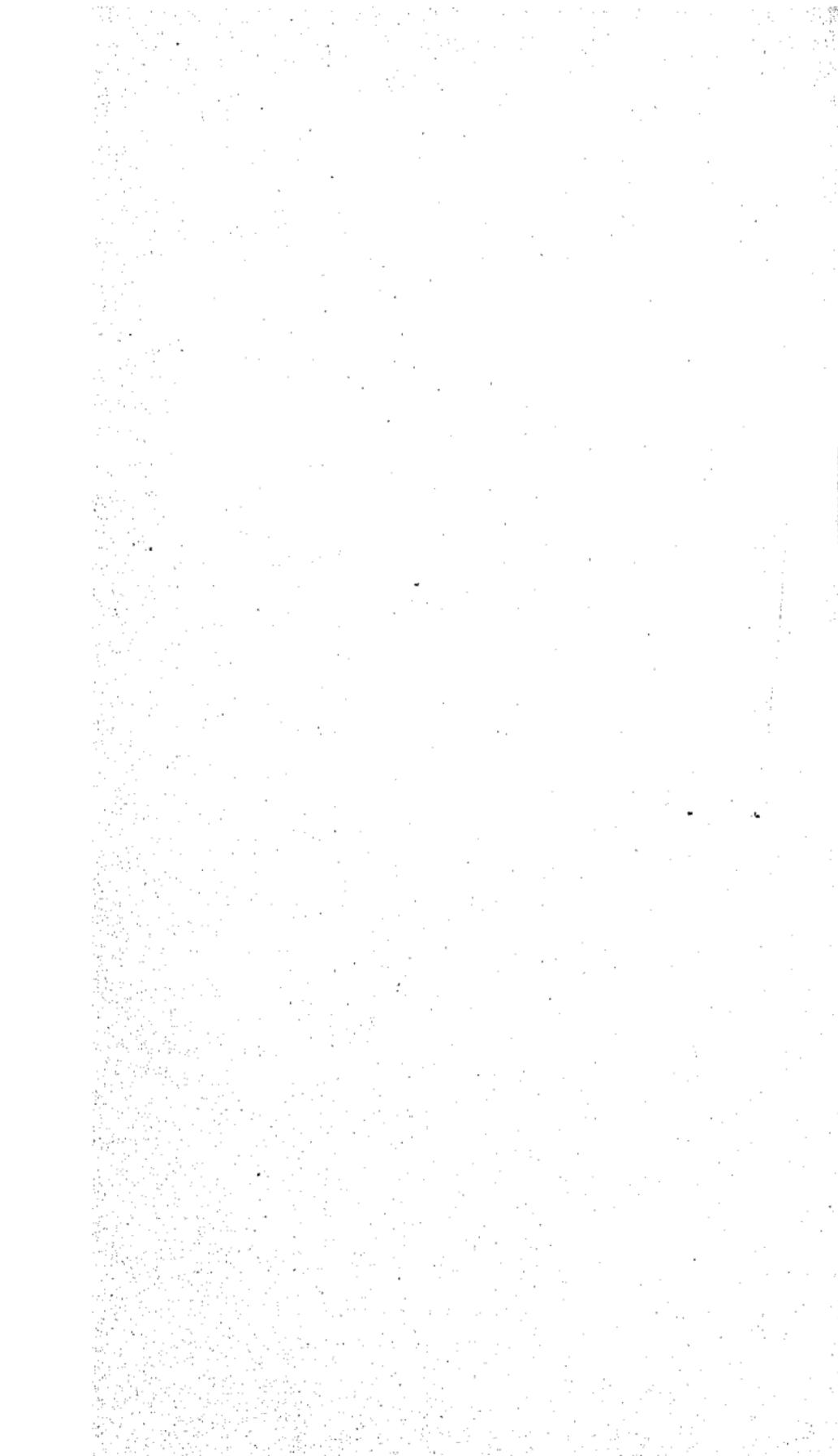
—Pairino,
qué preguntal

—Vamos, dime
la *chipé*.

—Cuando yo digo
que está usté mal de la cúpula!

—Vamos, si tú hubieras visto
lo que te pasa, de dambos
cuál hubieras tú elegío,
al pare de tus *chorreles*
ú al del *parnés*?

—Pos de fijo
que si desandar pudiera
este, tan perro, camino,
sin dúa que elegiría,
á cierra ojos, el mismo
pa mí y el de los haberes,
que dice usté, pa mis hijos.



DAR EN LAJA

Yo me llamo Juan Cardona,
pero soy más conocido
en Europa y en América
y en tó er mapa, por el *Niño*
del *Milagro*; yo no tengo
padre ni madre; yo vivo
de lo que como, y yo como
lo que puedo; yo me estilo
cantando, y soy una alondra
ó un silguero pues lo mismo
me canto unas soleares
que unas serranas; yo pinto
una habitación al temple
en menos que jace un grillo
dos veces *tri*; y de güen mozo
y simpático, no digo
na, porque eso está á la vista;
mas fijese usted en lo fino
que tengo er talle, y er cuerpo
qué bien formao, y los *clisos*,
¡qué siete veces tunantes
serrana, cuando los guiño!
yo no tengo más parientes

que mis dientes» y tres tños:
uno mayoral; el otro,
primero fué monaguillo
y ahora es barbero en Utrera,
y otro que tocando el pínfano,
cuando quiere, es una cosa
maravillosa.

—Pos hijo,
yo usté... siempre viviría
al lao de ese proigio
musical.

—Pos yo no quiero,
porque á mí cualquier ruío
me ataca muncho á la médula,
y es pa mí *chavó*, un martirio
oir toser á cualisquiera
cuando le da en el gallillo.

—Y es pa dicirme to eso
na más pa lo que ha venío
usté esta noche á mi reja?

—No, señora; otro motivo
me ha hecho venir esta noche
á quearme medio tísico
mirándole á usté esa cara,
donde por más que la miro
no le encuentro á usté la boca.

—¡Qué gracioso!

--Eso mismíto
me dicen toas las mujeres.

—Pos yo me alegre muchísimo,
y si ya lo que tenía
que dicirme me lo ha dicho,
yo me voy dentro.

—¿Usted dirse?
¡cal... Si yo no lo premito
en tanto y cuanto no acabe
yo de hablar.

—¡Será preciso
que le avise al guarda calle!

—Deje usted quieto al del pito
que yo arremato ensegua.

—Pos siga usted.

—Pos ya sigo.

Y como diba diciéndole
á usted, yo soy un partío
pa una jembra que *chanele*;
pero como á mí me jizo
mi *vato* Juan el *Charrata*
pa que sea siempre amigo
de la *chipe*, yo, señora,
voy á decirle ahora mismo,
á usted en secreto, un secreto.

—¿Y pa qué va usted á dicírmelo?

—Porque quiero que usted sepa
que yo, tal vez por capricho
del que tó lo mata y sana,
tengo dos «yo» mu distintos,
drento de mí; uno que sabe
más que *Lepe* y que *Lepijo*;
un *gachó* que es más rumbo
que el sol y más redulcísimo
que el caramelo.

—Pos hombre,
¡diga usted que es un jechizo
ese «yo»!...

—Pos ya lo creo

que lo es mas por mi sino,
 el otro *yo* es un marrajo
 al que ya no le he metio
 una puñalá *trapera*,
 en el peor de los sitios,
 por respeto al güeno; y como
 viven dambos inquilinos
 en la misma casa, dambos
 andan siempre «¡Que te tiro!
 ¡Que te matol!» y cuando gana
 el malo al güeno, conmigo
 si se comparan, tres ángeles
 son el *Pupa* y el *Granizo*
 y el *Vitola*; mas si el güeno
 le gana al malo, me río
 yo entonces jasta del bálsamo
 del Perú.

—Pos yo usté, hijo
 de mi corazón, echaba
 más pronto que suena un tiro
 al que le jiede el aliento.

—¡Si no quíee dirse el mú pícaro!
 ¡Si yo ya la mar de veces
 le he mandao, á voz en grito,
 que se vaya y que me deje
 á solas con su vecino,
 ¡mas que ha de dirsel *¡manai!*

—¡Pos cítelo usté á juicio
 de desahucio!

—Ni por esa;
 mas esta tarde he sabio
 que si usté quiere, usté puede
 echarlo de mí.

—¿Y qué pinto
yo en eso?

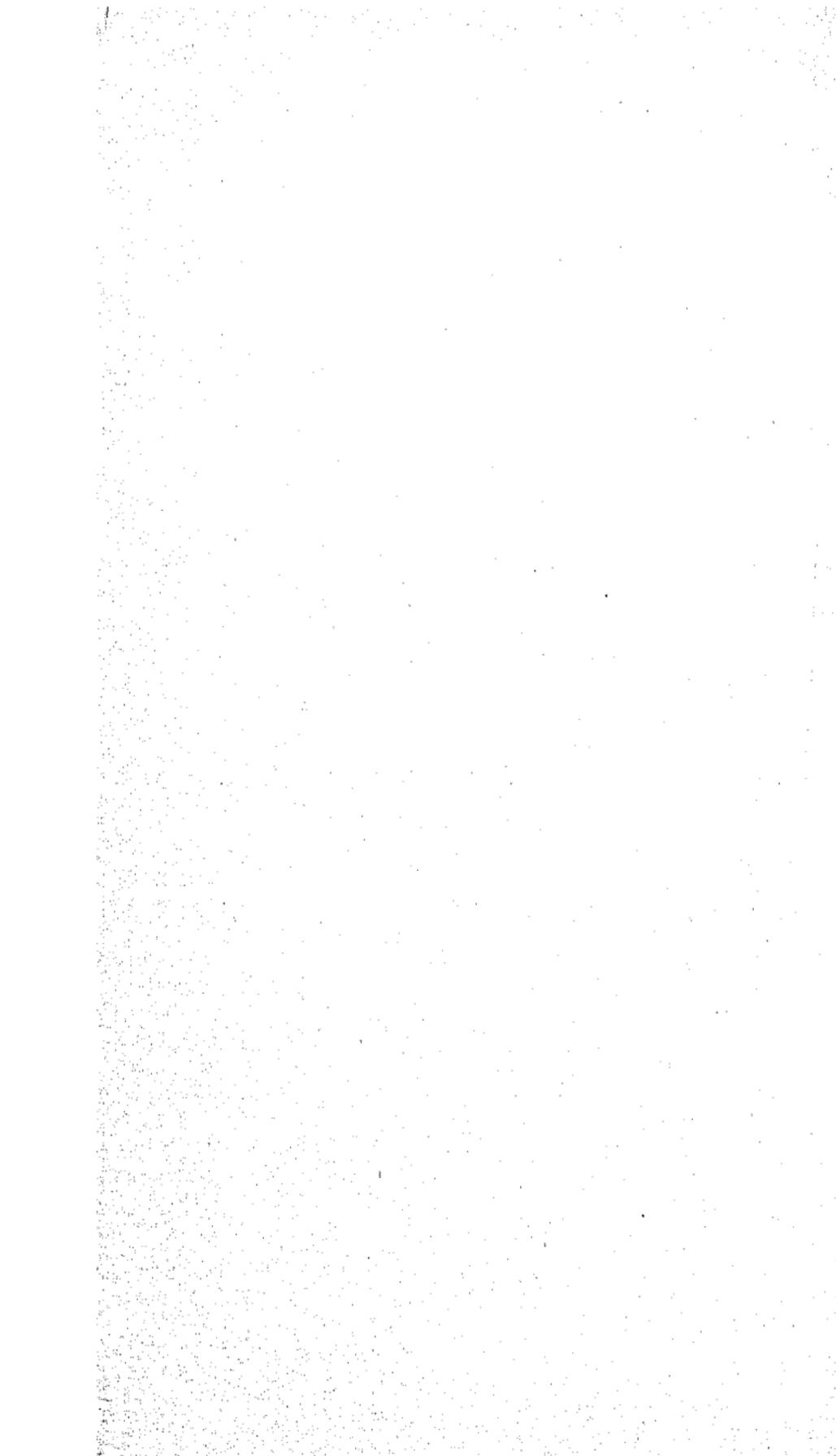
—Pos usted pinta
más que pintaba Murillo;
que á mí esta tarde Remedio
la *Quinquillera* me ha dicho:
«Juan Cardona, si tú quieres
que te deje ya tranquilo,
pa siempre, ese tigre hircano
que llevas siempre contigo,
vas á tu casa y te friegas
jasta quearte más limpio
que una patena; ensegüía
te embetunas los botillos;
te pones el terno nuevo
que sacas tos los domingos;
y te pones tu corbata,
la de color de corinto;
te echas agua de colonia
en el pañuelo, y ya listo
te vas á calle del *Carmen*,
te bebes un par de lisos
en *cá* de Pepe el *Calzones*;
después, más rerto que un tiro,
te arrimas á la ventana
de la *Niña del Rocío*,
que es una jembra que tiene
dos rosas en los carrillos,
y por ojos dos luceros,
que uno es el matutino
y el otro es el de la tarde;
y además tiene un cintillo,
to de rubíes por boca,

y por pecho un bando escrito
que dice:—«Yo ordeno y mando
que to el que me mire fijo
un rato, pida el *Santolio*.»
Y tal como yo te digo,
te acercas tú á su ventana,
y le dices que te he dicho
yo, que la única persona
que puée jacer que ese pillo,
que llevas drento, se vaya
y no te dé más suplicio,
es ella con toito el garbo
que Dios le dió y con toitos
los primores que le ha puesto
Dios, y como yo no vivo
y de tanto pasar *ducas*
me estoy poniendo pajizo
y ojeroso... pos yo he jecho
cuanto Remedio me dijo,
y aquí me tiene usté, prenda,
bien lavao y bien vestío,
pidiéndole que me ayúe
á jechar este mal bicho
que llevo en mí.

—Pus pa eso,
Juan Cardona, necesito
yo que me dé usté ensegúa,
si es que usté quiere, los títulos
de propiedá de esa casa,
pa que yo, con su premiso,
vaya y se los dé á mi padre.

—Y oiga usté, ese requisito
¿hay que llenarlo ensegúa?

- ¡Como que es lo más preciso.
—Por vía de la *Malena!*
Dice usted que es urgentísimo?
—Urgentísimo.
—Y su *vato*
padece mucho del hígado?
—Una miajita! Por eso
está siempre tan pajizo.
—Tendrá entonces mal carácter?
—Como que no está en presidio
por casolidá.
—Pos güeno,
entonces, con su premiso,
me largo por los papeles
y me tiene usted de fijo
mañana aquí.
—Entre dos luces?
—Pero es que usted se ha creído
que es *chufía?*
—Que disparatel
¡chufía usted!
—Cuando yo digo
que nací con mala estrella.
—Está usted mu pensativo;
¿qué le pasa?
—Que me ha dao
lo que me da cuando el hipo
me va á dar!
—¡Cuánto lo siento!
Me alegraré que haiga alivio...
—Gracias... (¡por vía de la *Niña!*)
—No hay de qué! (¡por vía del niño!)
—Olé por Don Juan Cardona!
—Olé por la del *Roció!*



DE ANTAÑO

—Jecha más leña, que el monte
tieé rumbo—dice al ventero
Juan el *Tardío*, y á poco,
con vivo chisporroteo,
la bien oliente retama
alumbra, como un incendio,
la cocina de la venta,
las recias vigas del techo,
de azul y blanco pintadas;
sobre el amplísimo alero
de la enorme chimenea
el «cobre», que á los reflejos
de la llama se convierte
en oro; los bien repletos
vasares donde la loza,
de origen alpujarreño,
luce sus vivos colores,
tan vivos como diversos;
acá y acullá colgados
los vistosos aparejos;
con enjalmas por colchones,

y por cama el duro suelo,
abrigados por sus mantas
de antequerano abolengo,
unos duermen y otros hacen
por dormir, los arrieros;
un zagal de tez oscura
como el bronce y de ojos negros,
tañe perezosamente
una vihuela; en silencio,
junto al portalón, echado,
vela un mastín corpulento,
y de amplia mesa de pino,
en torno, cerca del fuego,
charlan y beben y rien
varios ternes, todos ellos
de semblantes bronceados
por el sol, todos apuestos,
gallardos y varoniles,
y todos ellos luciendo,
con gentil desenvoltura,
típicos y pintorescos
atavios: la chaqueta
con oscuros sobrepuestos;
de pana, el calzón, ceñido,
y en las rodillas sujeto
por relucientes caireles;
también de pana el chaleco,
con los botones de plata;
la media bota de cuero
bordada en hilo granate
y orlada de largos flecos;
de los colores más vivos
el ceñidor; el sombrero,

calañés; bajo el cual lucen
vistosísimo pañuelo,
de *yerba*, atado en la nuca;
un broche de oro en el cuello,
y al alcance de la mano
el trabuco, mensajero
de muerte.

Juan el *Tardío*
tan fruncido tiene el ceño
y tan torva la mirada,
y es tanto el desasosiego
que en su actitud se revela,
que por fin uno de aquellos
mozos ternes le pregunta:

—En qué parte de tu cuerpo
te ha caído la cangrena
esta noche?

Y con acento
sordo, al punto le responde
Juan:

—Pos en mitá del pecho,
camará, que atá de un jilo
tengo el alma; que tenemos
un capitán del que un día
mos van á jacer quinientos
capitanes, de un crujió
que van á metelle, y... güeno
que se juegue uno la vía
cuando es llegao el momento
de tirar por las ventanas
toíca la carga, pero
jugársela tos los días,
cuarenta veces, por menos

de lo que pía ú no pía,
 una alondra en un barbecho,
 eso no pueé consentirse
 ni consentillo debemos,

—Y oye tú, Juan, aonde ha díó
 el capitán?

—Pos al pueblo,
 á jacelle una visita
 al alcalde, que es un perro
 mixto de lobo, un mar bicho,
 pa hablar con el cual de lejos
 sa menester confesarse....
 como que jué en otros tiempos
 de los de Pepe el *Vitola*
 y es tó un mozo de provecho,
 que tieé en la *cachicuerna*
 catorce rayas lo menos.

—Y el capitán, á qué ha díó?

—Pos á jugarse el pellejo.

—Y eso poiqué?

—Por sus cosas...
 que tos los hombres tenemos
 alguna vena de loco,
 y anoche, al llegar al cerro
 del *Ciprés*, mos trompezamos,
 cuasi llorando y gimiendo
 al tío Curro el *Zarzamora*,
 y como tieé el deferto,
 el capitán, de que en cuanto
 ve de jacer un puchero,
 ya está jecho gelatina...
 pos ná, *camará*, que al verlo
 pujar, salta del caballo

y—Poiqué llora ustedé, agüelo?
—le pregunta y—Poiqué quiées
que sea,—le responde el viejo;—
poiqué quiées tú que llora,
yo, *Valiente!* poique tengo
ya la hipoteca vencía,
y como pagar no pueo,
pos ná... velay tú...

—Al mirallo
de aquel mó, se pone tierno
er capitán, y le dice:
—Y oiga ustedé, cuánto le dieron
á ustedé?

Y el viejo contesta
—Cinco *jaras*; mas aluego
las cinco han subío á quince.
—Y quièn ha sío quien le ha jecho
á ustedé tan mala partía?
—Pos el Alcalde!

—Pos güenol
no hay que llorar más, tío Curro,
que Dios es Dios, y yo creo
que como Dios es tan grande,
Dios vá á jurgalle en er pecho
á ese güen hombre!

Y apenas
acabó de decir ésto,
monta en el jaco de un brinco,
le mete al caballo jierro
¡y á volar! Mas esta tarde
me arrimo á su vera y veo
que está cebando el trabuco
y le pregunto:—¿Qué es eso

vamos á quemar hoy pólvora?,
y me dice sonriendo:

—Es que me voy á Pujerra
en un trote á ver si arreglo
eso del tío *Zarzamora*.

Y tan y mientras yo güervo,
ten tú cudiao con la gente;
y ná, que se jué y... ¡me alegro
de verte tan bien vestido!

—Y tú piensas...

—Yo no pienso
más, que si le pasa algo
al *gachó*, yo sus prometo
que yo me meto en Pujerra,
y ya en Pujerra, convierto
yo al alcalde en una mina
de plomo!

—Pos ahora mesmo
mos vamos tos á Pujerra!—
dicen todos requiriendo
los trabucos.

—No, más vale
que entoavía esperemos
un poco más, porque como
tiée el *Valiente* tan mal genio
pudiera agriársele el vino.

—Es verdá—dice el ventero.
—Y pa mí que no se atrieve
ni aun á jechalle el aliento
al capitán, en la cara,
el Alcalde; no por mieo,
que si es de ácana el *Valiente*
no es el alcalde de afrecho,

sino porque ya al alcalde
no le pesa el aparejo,
tan y mientras al *Valiente*
le importa poco el perdello.

II

La luna, la blanca luna,
viste de plata los cielos,
y el blanquísimo celaje,
y de luz llena el silencio
misterioso y melancólico
de la noche; como el dejo
de un sollozo, suena el río
que se desliza, sereno,
entre verdes chaparrales,
que copia fiel en su terso
cristal; casi sin ruido
cruza el pájaro agorero
por entre las verdes ramas,
y en su hogar, tristes y trémulos,
sobre el rescoldo, inclinados,
velan, insomnes, su duelo,
el tío Curro el *Zarzamora*
y la que con él, el peso
comparte, del infortunio,
que el destino, siempre adverso
con los humildes y pobres
de espíritu, puso en ellos,
cuando implacables los años
y el trabajo, rudo y terco,
de una vida, terca y ruda,

han desmedrado sus cuerpos,
han abatido sus frentes,
han nevado en sus cabellos,
y han nevado en sus espíritus;
y al pensar el pobre viejo,
en que, en breve, con su vieja,
tendrá que ir, el sustento
á mendigar, solitario,
de montes en montes, lejos
de sus fecundos pejuares,
y de su alegre viñedo,
ahogar no puede el sollozo,
y en vano intenta, consuelo,
prestarle la pobre anciana,
cuando, en sus alas, el viento,
hasta el pobre hogar conduce
el rumor que en el sendero
hace al trotar un caballo.

—Quién serál—dice entreabriendo,
el *Zarzamora*, la puerta,
y de pronto, con acento
gozoso:—Es Pedro el *Valiente!*
—grita al ver llegar apuesto
al *Valiente*, que le dice
delante de él deteniendo
el paso de su montura:

—Tome usted, que yo no quiero
premitir que usted me llore,
cuando evitarlo yo pueo,
como evitarlo he podio;
y adiós que me voy juyendo
á reunirme con mi gente
en *cá* de Curro el *Ventero*.

Y arrojándole una bolsa,
de verde malla, ligero,
suelta á su jaca la brida,
y atónitos, ambos viejos,
se miran, y sollozantes
y al par llorando y riendo,
gritan ambos, abrazándose
y dirigiéndose á Pedro:
—¡Que Dios te pague, *Valiente*,
toico el bien que te debemos!
¡Que Dios, Pedro, te bendiga!
¡que te bendiga por güeno!

III

—Ya está aquí!—grita el *Tardío*,
al ver al *Valiente*, lleno
de júbilo, y el *Valiente*,
sonriente y satisfecho,
exclama con voz tranquila:

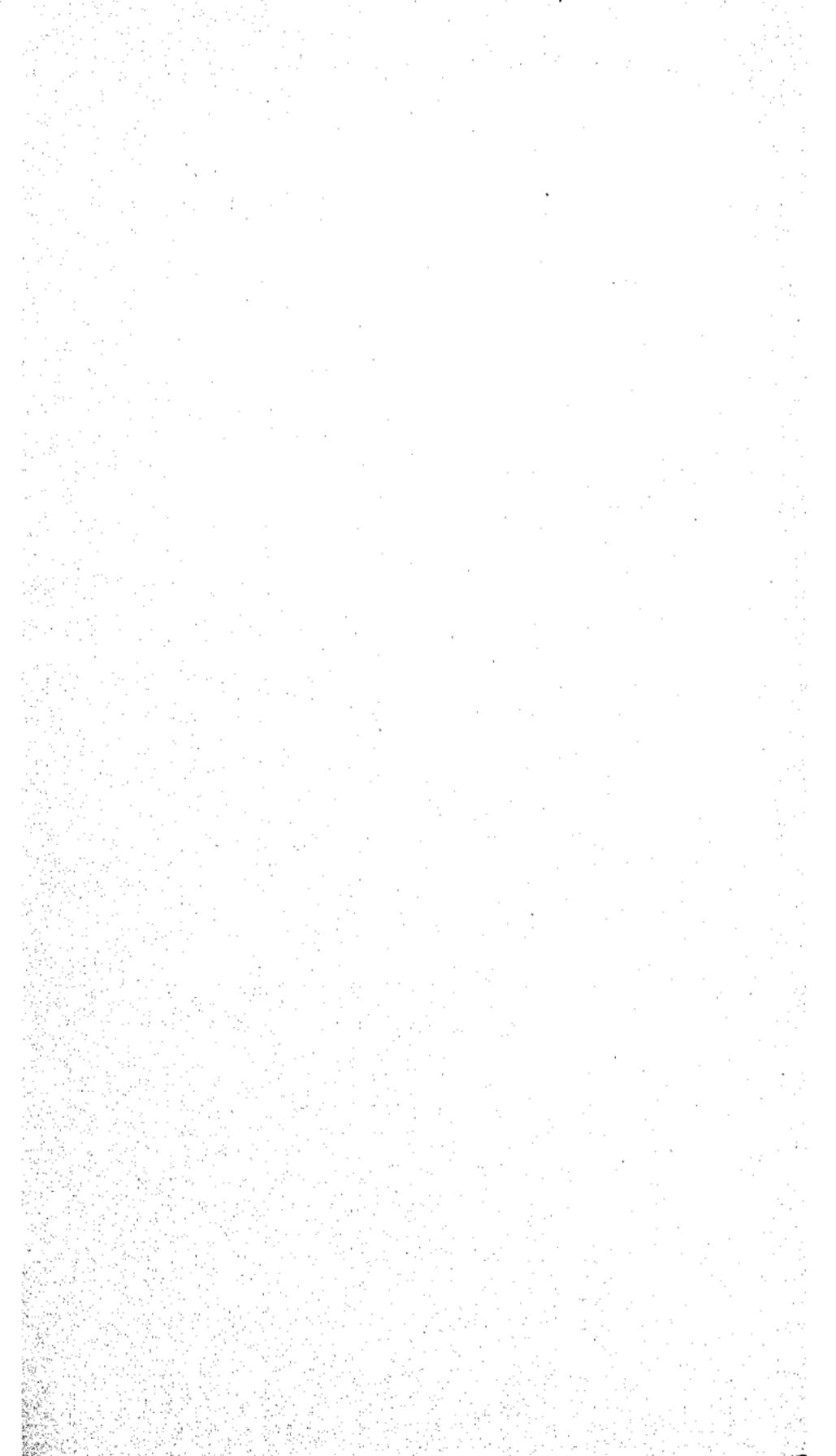
—Dios sus guarde, caballeros;
á la grupa de mi jaca
sus traigo cuasi un pellejo
de un *montilla* que es un bársamo,
que me dió como ricuerdo
pa vosotros, el alcalde
de Pujerra, un mozo güeno
más reduce que la azuca.

Y en tanto que junto al fuego
del hogar, Pedro el *Valiente*
se calienta, y más contento

que un cascabel el *Tardío*
charla con él, y al pellejo
le declaran cruda guerra
los demás, y vela envuelto
en su manta antequerana,
trabuco en mano, uno de ellos,
entre las breñas del monte;
allá, en su casa del cerro
del *Ciprés*, en vano intentan
conciliar, un punto, el sueño,
que el placer no les concede
los ancianos, y despiertos
los sorprende la mañana.

.
.
¡Qué amanecer más sereno!
qué bien que cantan los pájaros!
qué alegre es el cacareo
de las gallinas! qué alegres
los ladridos de su perro!
qué alegre de su *reclamo*
el matinal *piñoneo*!
qué dulcemente que pía
la alondra, en el surco abierto
por la reja del arado!
qué bien que huele el romero!
qué bien que huele el tomillo!
cuan gratamente el silencio
turba, alegrando su ruta
con su canto, el arriero
que tras su recua camina
de sol y polvo cubierto!
qué ricamente se viste

la madre tierra! qué intensos
es el verdor de los campos
y es el azul de los cielos!
qué hermosa que está su vifial
qué verde que está su huerto!
y cuán dichoso que late
el corazón en su pecho!



PENA MEREcida

Inmóvil y silencioso,
llena de surcos la frente
y las manos contraídas,
medita Antonio en la suerte
contraria que le persigue,
cuando entra Curro, y al verle
tan cejijunto y sombrío,
le dice:

—Por vía del *mengue*,
camará, vaya candela!
y qué carita que tienes;
chavó, pos ni que te hubieras
tomao un buche de aceite
de ricino.

—Cuatro tiros
de á onza que á mí me peguen,
es lo que el cuerpo me píe!
—*Chavó!* ¿Pos qué te sucede
pa que tengas tanto empeño
en que de ese móo te dejen
catalértico?

—Que hay cosas
en la vía que mos muerden
y que mos sacan bocaos.

—Y quién es quien se entretiene
en jacer eso contigo?

—Quién ha de ser! ¡la de siempre!

una que me quita el jálito;
una *gachí*, que merece,
por lo bonita, una urna
de cristal; una que tiene
por cara una maravilla,
con dos ojos que parecen
dos vidrieras, y una boca
que yo no sé cómo bebe,
ni cómo habla, que habla
la *gachí* como si fuese
toa de cristal, y una boca,
toa de coral, y unos dientes
más rechicos que abalorios,
y además un mata-gentes,
por pecho, que es er delirio,
y dos cuentas por *pinreles*,
y por manos dos diamelas
y por pelo el sol saliente,
jecho tó tirabuzones,
cayéndole por las sienes
y...

—Pos dí tú que la jembra
es pa que se la receten
á un tábiro! Y oye, dime,
se puée saber quién es ese
fenómeno?

—Es un secretol
Una trigueña que güele

á lo que güelen los nardos,
y cuando la *gachí* quiere
que se me quite el resuello,
entorna el párpado, duerme
la pupila, y la charrana,
al mismo tiempo se muerde
el labio, con los dos hilos
que ni de perlas de Oriente
que Dios le puso en la boca;
y se le jace un boquete
en cá mejilla, y me dice,
lo que dicirme no debe
con su boquita de grana,
con sus ojos, y me mete
el corazón en un puño...
Y á mí, *chavó*, se me prende
fuego á toa la gasolina,
y toa la sangre me jerve,
y escuchándola y mirándola,
me pongo, naturalmente,
lo mismo que las canículas!
—Y esa *gachí* á tí te tiene
voluntá?

—Hombre, yo creo
que sí, porque ella á mí siempre
me anda buscando pelea.

—Pos si ella á ti te mete
jierro, ¿qué jaces tú, lila,
cien mil millones de veces,
que no pasas á cuchillo
á ese portento?

—Me duele
jacerlo por ser presona

que yo estimo, la que vende
en ese puesto el pescao,
y me sabe mal jacerle
una tan *chungá* partía.

—Vamos, Toñuelo, tú eres
tonto der tó... En esas cosas
lo que es malo es que se entere
el amo de la boega
de si bebes ú no bebes
de lo suyo, mas si el hombre
vive en el limbo y se cree
que es él solo pa bebérselo...
pos... ¡*plim!*...

—Es que me remuerde
la consencia.

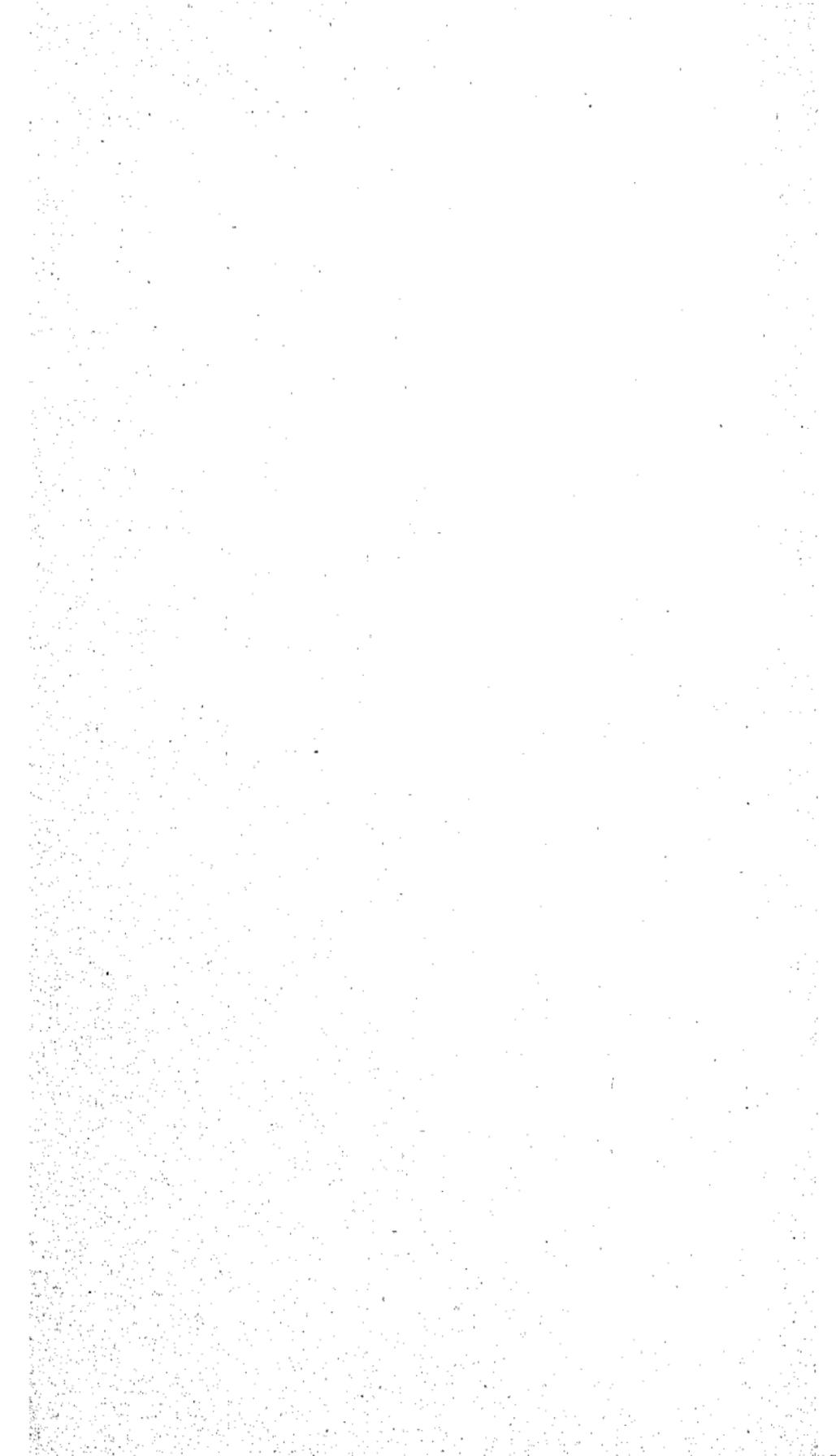
—No seas lila,
y déjate de entremeses,
que ensucian siempre el estógamo,
y si es que ella á ti te quiere,
pos ¡qué viva la alegría
y lo bonito!, que en este
mundo, las cosas reondas
son reondas pa que rueden;
conque á no pasar más *ducas*,
que aonde salta la liebre
allí se lleva el porrazo,
y el que la deja la pierde;
y vámonos ya mismito,
al *Altozano*, que tiene
Pepillo el Zurdo, un *solera*
superior y un aguardiente
que cura la alferecía.

—Vamos, *chavó* que convences,

á una piedra, *platicando*.—

—

Y en tanto que sonriente
aguarda Curro á que Pedro
se vista de gala, éste
musita con voz irónica:
— *Chavó*, hay cosas que parecen
castigos de Dios; cudiao
con dicirme que se pué
beber del vino de otro,
siendo amigo, si el que bebe
cudia de que el propietario
del *solera* no se enterel..
Pero, en fin, yo ya he cumplío
con mi consencia, y que truene
Santa Bárbara, y sí truena,
¡pacencial que bien merece
jugarse cualquier cosa
una *gachí* que no tiene
más deferto, que yo sepa,
que goler á lo que güelen
los nardos y los jazmines,
las rosas y los claveles!



DULCE ENGAÑO

I

Sale Antonio el *Caperuza*
á la puerta de su casa,
coje una silla y, sentándose
en la actitud más gallarda,
los ojos pone en Dolores
la *Pulida* que, sentada
en el poyo de su reja,
que decoran y embalsaman,
con su coral el geranio,
y con su olor la albahaca;
luce triunfal sus ardientes
hechizos, luce su cara
de tez más fina que el raso;
la dentadura de nácar;
la nariz breve y pulida;
su boca, un dije de grana;
sus ojos, soles velados
por larguísimas pestañas;
su cabello, en que prendidas
semejan dos rosas pálidas,
entre dos ondas de oro,
dos arabescos de plata;

en las nítidas orejas
primorosas arracadas;
el seno erectil que ondula
como ondula el mar en calma,
y sobre él un pañuelo
que en él finge una cascada
de pájaros y de flores
y de flecos; la garganta,
por un collar de abalorios
y de coral, adornada;
y tan llena, en fin, de hechizos,
como de hojas las ramas
y como el cielo, de estrellas,
en las noches estrelladas.

Y es Antonio, desde el día
en que la miró asomada,
por vez primera, á la reja,
otro hombre, y ya le cansa
lo que mejor le sabía;
ya nunca juega á las cartas,
ni al dominó, ni á los bolos;
ya nunca va de parranda,
y es ya su único recreo,
cuando sale de la fábrica,
pasarse, la noche entera,
viendo á Lola en su ventana
y quedarse muchas veces
aletargado mirándola.

II

La luna brilla serena,
la calle está solitaria;
sólo algún que otro vecino
la hora de acostarse aguarda,
dormitando en los umbrales
de su vivienda; asomada
á su reja, la *Pulida*,
mira con expresión plácida
al *Caperuza*, que siente
que el corazón se le abrasa,
y como en vano acercarse
siempre quiso á la que ama,
porque tímido vacila
y la sangre se le para,
siempre que acercarse intenta,
coje, brusco, la guitarra,
la templea con mano diestra,
y con voz dulce y simpática,
con voz en que el alma gime
de amores, Antonio canta:

Estoy ajuntando *parneses*,
dende que te ví, serrana,
pa mercarme un traje negro,
que me sirva de mortaja.

—Olé, Antoñuelo, tu bocal—
le grita con voz cascada
y gutural el *Faroles*,

un gitano, todo canas
y todo arrugas, que llega
junto á él.

—La mar de gracias
por la fineza, agüelito—
le dice Antonio—. ¿Y la barca
pa aónde navega?

—Pos voy
pa mi *cubril*, mas pasaba
y te ví, y como quería
yo decirte en confianza
argo que á tí te interesa...

—Pos diga usté ya.

—Ten calma,
don súpito.

—Pero dígame
usté ya de qué se trata.

—Pos se trata de una niña
que es toita ella de nácar,
una á la que tú *currelas*
v á la que tú no le hablas
no sé poiqué.

—Porque, agüelo,
yo no sé lo que me pasa,
que cuando voy á arrimarme
á su reja, se me pasma
la voz, y la campanilla
se me agila, y se me apaga
la luz del entendimiento.

—Pos de ese móo no se arcanza
naíta con las mujeres,
que á las mujeres les carga
los como tú, y la otra tarde

en que yo estuve de plática
con la *Pulía*, me dijo,
la *Pulía*, que es más larga
que dende aquí á *Santo Pita...*
pos me dijo que ella estaba
por un *gachó*, al que debieran
encerrar en una jáula
pa reclamo de silgueros,
poique el *gachó* es una estampa
y toito arreglarlo quiere
cantando, y que si se tarda
un poco más, va á encontrarse
puesto en la reja de espalda
á la calle, á otro que á ella
tampoco le pone amarga
la boca.

—¿Y eso le dijo
á usté la Lola?

—¡Qué gracia!
¿quién diba á ser sino ella?

—Pos si es que usté no me engaña,
ahora mismo yo le hablo
manque al hablarle me caiga
con un síncope, ú dos síncope,
ú tres síncope.

—Pos anda,
pero antes quieo que me jures,
por los ojos e tu cara,
que de lo que yo te he dicho
no dirás ni una palabra
á la Lola.

—No hay cudiao,
agüelito.

III

La mañana
ilumina esplendorosa
la calle; vibrante llama,
con sus sonoros tañidos,
á los fieles, la campana
de la iglesia; en animados
corrillos lucen sus galas
típicas de los domingos,
los muchachos y muchachas;
la prole del vecindario
convierte la calle en plaza
de toros y en cornamenta
una silla que reclama
los auxilios del sillero;
el pescadero se para
en el centro de la calle
y con los brazos en jarra
de los que penden, repletos,
dos grandes cenachos, lanza
al aire su pregón rítmico;
aquí un anciano se baña
en sol; allí dos vecinas
discuten acaloradas;
de la taberna en la puerta
perora con voz enfática
un viejo á quien el *Montilla*
traicionó, y en tanto saltan,
corren, bullen, gritan, juegan,

y todo es algazara
y vida, en la calle, Antonio,
en cuya ardiente mirada
brilla el sol, le dice á Lola
con voz susurrante y lánguida:
—¡Ay, Lola, que Dios bendiga
al que engaña como engaña
el que á mi engañarme quiso,
que por mó de él tengo el alma
hoy con más flores que flores
tú tienes en tu ventana.



PALIQUE

—De donde vienes, Juanico,
tan sudoroso y cansáo?

—Pos vengo de ver, chiquilla,
una *gachí* que es un pasmo,
toito un acontecimiento;
con el cutis como el raso,
y er pelo como la endrina;
con un pie que en un zapato
le caben dos y le viene
á los dos la mar de ancho;
un cuello que de blanquísimo
deslumbra; con una mano
pa ver la cual es preciso
tener lentes; con los labios
que, pa mí, que lo jicieron
los ángeles con los pétalos
de una rosa; con un talle
que más que talle es un tallo
de azucena; con un pecho

más gracioso que un retablo
de marfil, y con un angel
y con un aquel y un garbo,
que á tó el que lo vé le pasa
igual que á mi me ha pasao.

—Y que te pasó á ti al verla?
—Pos á mi, que me dió un flato
y se me quitó la vista,
y si al verla no me agarro
á la coleta del *Nene*
que iba conmigo, me caigo
reondo ar suelo.

—Debías
tú siempre dir preparáo,
dao lo sensible que eres,
por si te daba un desmayo
ú cosa asin.

—No te pienses
que yo ya no lo he pensáo!
—Y hablaste por fin con ella?
—Como que si no le hablo
me muero; verás tú como
pasó lo que allí ha pasáo.
Dibamos como te he dicho
el *Nene* y yo platicando
de si es más torero el *Bomba*
ú si lo es más el *Gallo*,
y al par los dos presumiendo
de irnotizadores, cuando
por la calle del *Refno*
vimos venir ese pasmo
pisando como los ángeles;
vestía con un jarapo

de percal, color de rosa,
flamantito, y por debajo
con una enagua tóa encaje,
y unos brodequines blancos
de lona, y encima de ellos,
no sé qué, porque al mirarlo,
en cuanto lo ví, chiquilla,
me quedé como sonámbulo.

—Y qué más llevaba puesto?

—Un mantón toito bordáo
en grana, con unos flecos
como su pelo de largo.

—Y qué hicisteis, tú y el *Nene*,
después que sus dió el desmayo
y del desmayo gorvisteis?

—Pos el *Nene* pega un salto
y empieza á pedir socorro
á un *guindilla*; yo me planto,
cuasi oliendo ya á difunto,
delante de ella, la paro,
me pongo en la coronilla
el *pavero* de un *choclazo*,
jecho pa atrás la caera
y pa alante el cuerpo, saco
la gaita, y más pinturero
que los que tú ves pintáos
en las cajillas de mistos,
le digo:

—Yo á usté la mato
y ensegúa me la como!
Y me dice:

—No es extraño,
lo está diciendo su cara

que va siempre pregonando
que, en su vía, no ha comío
más que el marisco barato,
y por Navidá potaje,
y en estos meses gazpacho,
y es naturá que usté quiera
comerme y darse un hartago
de lo que nunca ha comío.
—Y oye tú, el *Nene* entretanto
que jacía?

—Cadenetas,
con el cuerpo, más quemáo
que un carbón, y como él sabe
que solamente cantando
me gana á mi, pos el hombre
encomenzó por lo bajo
á cantarse una guajiras;
pero á poco, cuando estábamos
ya ella y yo de parlamento
y él subiendo y cuasi dando
ya el *do* de pecho, le dice
ella volviéndose:—Hermano,
perdone usté, más no tengo
ná que darle, y por *pelmazo*,
á tener, no le daría
tampoco. Total, que al cabo
de cuatro «Que yo me muero
sin su querer» y de cuatro
«Toíto lo que usté me dice
son *chilindrinas*,» queámos
en que yo vaya á su casa,
si es mi gusto, de aquí á un rato,
que según me dijo vive

en el «Arroyo del Cuarto.»

—Y vas á dir?

—Pos de juro
que iré, si me está esperandol
Pero oye, á ti qué te pasa?
Oye, á tí ti te pasa algo;
te has puesto más amarilla
que la cera.

—Son los agríos.

—Pos entonces ya me voy.

—Oye tú, y si yo me arranco
y te digo que no vayas
á casa de esa...

—¡Me jago
catite...! entonces no voy;
más pa darme ese mandato
sá menester que tu jagas
lo que yo mande y yo mando
que te dejes de consejos,
que si yo no tengo tantos
parneses como *habillela*
el que te ronda, yo en cambio
tengo un corazón más grande
seis veces que el *Altozano*,
y además que tan y mientras
haiga en el mundo caballos
que desbravar, yo me río
del ayuno, que yo gano
cuando quiero, algunas veces,
dos ó tres *chuscos* diarios,
y además que yo te quiero
de un mó que no sé explicártelo.
—Pero y esa que te espera?

ese proigio, ese pasmo,
esa ortava maravilla,
que hizo que sus diera un flato
en la callo del *Refino*?

—Si eso es que yo lo he ensoñao
cuando me quedé, esta tarde,
paralítico, mirando,
un retrato y luego en sueño...
pos velay tu!

—Y qué retrato
es ese?

—Uno que tengo
metío en un relicario,
sobre el corazón.

—Pos ese
ahora mismo vas á dármelo,
si es que quieres tú.

—Pos siéntate,
porque tengo que pensarlo.

—Pos yo gorveré esta noche.

—Pos esta noche te aguardo.

—Pos jasta endispúes, gitana,

—Pos jasta endispúes, gitano.

SIEMPRE NIÑAS

Baña con sus melancólicas
luces, la luna, la reja,
baña á Lola que suspira
sentada sobre el afeizar.

Las alegres trepadoras
ya por los hierros no trepan,
y se deshojan las flores
orgullo de sus macetas.

Ya no brillan los claveles
como joyeles, en ellas,
ni, en ellas, su olor derrama
la ya mustia madreelva.

Sus ya muertas ilusiones,
sus esperanzas ya muertas
y sus muertas alegrías
en evocar se recrea.

La moza más codiciada
por la gente macarena,
la que á sus ojos les teme
porque la cara le quemán.

La que ya nunca sonríe
ni al ritmo de su vihuela,
bajo la frondosa parra,
como la alondra gorgea.

La que ya no va á los toros,
ni á lucir va en las verbenas,
sus pañuelos de Manila,
ni sus vestidos de seda.

La que doliente suspira,
la que doliente recuerda
al mozo á cuyos arrullos
ardió la sangre en sus venas.

Aquel que su sangre un día
dió de su amor en ofrenda,
porque ante él la ofendieron
y vengar quiso la ofensa.

Cayó al pié de su ventana
sin exhalar una queja,
con el acero en la mano
y en los ojos la centella.

Por eso Lola suspira
sentada sobre el alfeizar
de la ventana, en que mueren
las flores en las macetas.

II

Brilla alegre la ventana
que viste la enredadera,
con sus azules campánulas
en las que el sol centellea.

Brillan rojos los claveles
que con su perfume inciensan
el espacio de incopiable,
de límpida transparencia.

Bulle en la calle la gente
resonante y vocinglera;
alegremente repica
la campana de la iglesia.

Un organillo da al viento
sus populares cadencias
y de él en torno, bailando,
las rapazas se congregan.

—¡Saltando los boquerones!—
un pescadero vocea
con la mano en la megilla
y echada atrás la cabeza.

—Llevo un jardín en la mano!—
grita un florero; y

—Quién quiera
randas—grita una gitana—
que salga que voy depriosa.

Y todo es bulla y es júbilo
y luce Lola en la reja,
toda tocada de flores,
la espléndida cabellera.

Sonrosadas las mejillas
y la cara tan risueña
como el azul de los cielos,
como el verdor de la tierra.

De pronto, con paso rítmico
á la ventana se acerca
un mozo de airoso porte
y de facciones enérgicas,

mozo de gentil talante,
vestido de día de fiesta,
y al llegar á la ventana
se para y dice:

—Mi prenda,
gitana, quiere usted oirme
cuatro palabras siquiera,
y va usted á ver un fenómeno,
si es que me dá usted licencia.

—Y qué fenómeno es ese?—
sonriendo pícarosca
la muchacha, le pregunta
y

—Pos niña—le contesta
el mozo—si es que usted quiere
verlo, dígame que venga

también aluego, y al punto
verá como se me llena
toito el cuerpo de rosales.

—Pos hombre, manque no sea
más que por ver el fenómeno,
pueé usté venir.

Y una vieja,
que en un portal inmediato,
del sol en la luz espléndida
se baña, triste murmura
con voz de roncadas cadencias:

Siempre es niña la alegría
y siempre es niña la pena,
que siempre niñas se mueren,
y siempre niñas la entierran.

UN DESENGAÑO

—Dios la bendiga, Dolores.

—Y á usted también, Cayetano.

—Y su señor don Tronio,
aonde anda?

—Pos mi Paco,
si el corazón no me engaña,
debe andar de *picos pardos*,
por la calle de la *Almona*.

—Puée usted dicirme en qué barrio
está esa calle, salero?

—Pa mi, si no se ha mudao,
en el mismo aonde estaba
cuando el terremoto.

—Vamos!

cuando yo digo, mi prenda,
que usted se ha dequivocao
connigo; cuando se trata
de platicar con un pasmo
como usted, yo soy, señora,
más serio que un escribano.

—Pos como diba diciéndole,
en la calle que he mentao,
ú sea en calle de la *Almona*,
y á la vera de un estanco,
vive, según me han dicho,
una jembruza de *órdago*,
una *gachí* con seis dientes,
que son seis dientes de ajos,
con dos corchetas por ojos,
y por cuerpo un garabato;
una, en fin, á la que tienen
que sancocharla, en verano,
si quieren hablar con ella
sin enfermar del olfato...

—Y está usted segura de eso
que dice?

—Pos no he de estarlo...!
Y pensar que por un *pingo*,
por un... vaya, por un trasto,
por un tiesto, esté mi hombre
que ya no pueo aguantarlo!
que ná le parece güeno,
que tó le parece malo;
si pongo una *sobreusa*,
me he propuesto envenenarlo;
si es un potage, están duros,
como balas, los garbanzos;
siempre están helás las papas;
siempre está soso el gazpacho;
si hablo recio, soy un pito
de carretilla; si hablo,
en voz baja, no se entiende
lo que le digo; si canto,

ya pirdí las facurtaes
que tenía; si me callo,
es por ya no darle gusto,
con mi cante; si me paso
la tohalla por la cara
y me pongo cualquier trapo,
ó una flor en la cabeza,
por un capricho, ¡está claro!
es por darle gusto al... *mengue*
pero no á él! si lo aguanto
sin chistar, ya no lo quiero;
y cuando, por el contrario,
me encomienza á arde la sangre
y á jechar jumo, ¡Dios Santol
es mejor pegarse un tiro,
que soportar los escándalos
que yo, sin razon, le doyl
y yo soy un bicho malo,
y él San Juan Evangelista;
y en fin, que me voy cansando,
y ya me faltan las fuerzas,
y er día menos pensao
me voy yo con otro hombre.
Con cualisquiera me largo,
de su vera, con quien quiera
llevarme, manque sea andando;
con er primero que tope,
con usté, pongo por caso,
aonde usté quiera llevarme,
en un express ú en el carro
de la carne, usté se entera?
—No, comadre, por los clavos
de Cristo, que mi compadre

es mu celoso y mu bárbaro.

—Pos si nó, cualisquier otro,
tuerto ó ciego, cojo ó manco,
con un hombre, manque sea
con el que pregona el callo.

—No por su salú, comadre,
que ese dicen que está cano
de sucio, y que güele á pringue.

—Ya me va usté á mí cansando
con tantísimo *chunguéo*.

—Pero, si es que está usté hablando
como un loro con *celeras*;

si eso que á usté le han contaó,
de mi compadre, es catite;

y yo que estoy siempre al cabo
de la calle, se lo dígo;

to es guayaba, toíto es falso,
pero dende abajo arriba,

pero dende arriba abajo,
y mentira que usté quiera

dirse con nadie del brazo,
por dejar estos *cubriles*.

—Está usté mú equivocao;
yo me voy con el primero

que tope y me diga: Vámonos.

—Pero eso es verdá comadre?

—Tan verdad como que estamos
en la canícula.

—Güeno!

pos siendo asín, que mal rayo
me parta, si yo premito

que puea decir, un extraño,

que le ha puesto un deo encima

á la que ha sío el encanto
de mi compadre: prefiero
ponerle yo dambas manos,
y esto es un decir, comadre,
que yo soy hombre de tarto.
Pero pa dirse con otro
ahora mismito mus vamos
usté y yo, á los Pirineos.

—Mas no dice usté que Paco
no tiée na que ver con ese
tiesto? con ese mal trasto
de la calle de la *Almona*?

—Yo pensaba que era un falso
testimonio, pero como
usté dice...

—Es que pensándolo
mejor, compadre, yo creo
que lo mejor es dejarlo
pa cuando el tiempo refresque;
porque, la *chipe*, si malo
es el hombre que yo estimo,
chavó, usté me lo ha dejao
en mantillas.

—Yo, señora?

—Usté, que por ser más largo
de lo que á veces conviene,
sin querer se ha refalao,
y... Vaya usté... con la Virgen
y que le tienda su manto
protector!

Dice Dolores
con voz irónica, y dando
media vuelta deja á solas
al compadre, el cual

—No es malo
el tal resfalon—murmura—
y gracias á Dios que caigo
en la manta que tenía
ya prepará, pa debajo
de este cuerpecito mío,
y mi compadre está al tanto
de que diba yo á probarle
que está der tó equivocao
cuando piensa que su Lola,
mi comadre, está rabiando
por dar ya su vela al viento.

Y poco después sentados,
frente á frente, en la taberna
de Pepe el *Pipiricuando*,
ambos compadres, deciale
Paco el *Cuco* á Cayetano.
—Pos yo el favor te lo estimo,
más la *chipé*, platicando
como los hombres platican,
si en lugar de haberte dao
mi Lola *quina* á la hora
de jecharle al bicho el jato,
te hubiese dicho que... vaya...
¡Camará! pos no me ha dao
el alma una voltereta
solamente de pensarlo!
—Vaya, déjate tú de eso
y de preguntas.

—No, vamos,
la verdá, si ella se hubiese
puesto á tiro.

—Mira Paco
si se hubiese puesto á tiro...
no sé... pero en ese caso,
ni yo estaría bebiendo
aquí, ni yo con mi mano
estrecharía la tuya;
porque á mi me frabricaron
de oro del güeno, tu sabes?
y yo ya estoy contrastao.

POR METERSE A REDENTOR

—Tu estás loco de remate,
ú estás jarto de bebía,
ú es que te gusta pintarla
de pena.

—Un *díve* premita
que to lo que á mi me duele,
á ti te duela algún día.

—Pero mal civil te prenda
y te convierta en jarina
lartuada! á tí Rosario
que te ha jecho? no te cuida?
no te lava? no te plancha?
no te zurce? no te guisa?
toas las noches no te espera?
si te duele la barriga,
pongo por caso, la probe
no te unciona? no te quita
la caspa y lo que la caspa
argunas veces mos cría?

no aguanta lo que te apestan
los pieses en las canículas?
si te meten en *chirona*
no te lleva la comía
á la cárcel, trabajando
pa ganarla? si precisa,
no te pela? no te canta,
cuando quieres? no es mas lista
que *Cardona*? no es mas güena
que un colirio? no es más limpia
que el jabón? no es mas graciosa
que el *parnés*? no es más bonita
que er cielo? no tiée más rumbo
que rumbo el sol? no es más viva
que el azogue? pos si tiene
de oro fino y plata fina
los centros, porque has de darle,
cebo en pella, tos los días
sin que ella te de un motivo?
—Tiées más razón que polilla
mi *pañosa*, más qué quieres?
yo soy asín y apenitas
se me llena la cabeza
de pamplinas y pamplinas
y se me arde el pulpejo
y el juicio se me ajila,
una de dos, ú me doy
expansión ú me precisa
cómerme á cualquier vecino.
—Y no puède ser vecina?
ha de ser vecino?

—Hombre
premfíteme que te diga

que hoy no está güeno el guitarro,
y no es cosa que la prima
se le salte.

—Pos dispensa
pero la *fiya* es la *fiya*,
y pa hacer lo que tu haces,
camará, se necesita
tener un tapón de corcho
por corazón.

—Y podrías
tú dicirme porque causa
has de darme tú tantísima
lata por *mó* de mi nena?
—Por qué quedarás tú, alma mía,
que sea! porque me duelen
toitas las injusticias:
mas si á ti que yo me meta
en esas cosas, te indirna,
ú jace que los jureles
te sienten mal...

—Vamas, quita,
hombre! yo indirnarme de eso?
pos si cuanto me platicas
en su favor, me parece
que hasta les jacen cosquillas,
á los mis ojos, los ojos
en que mis ojos se miran.

II

—Dios la bendiga comadre.

—Hola compadre!

—Por vía

de Dios! comadre, que cara
es esa cara? que espina
le he clavao pa que me mire,
comadre, como me mira?

—Es que estoy mu fatigosa

—Y eso porqué?

—Por naita,

por que quisiera compadre,
si es verdá que usté me estima
tanto y tanto como dice,
saliera usté de estampía
pa no golver á esta casa,
en tanto y cuanto yo sirva
ó puea servir pa que á un hombre
se le seque la saliba.

—Pero que está usté diciendo?
es *chavó*, una pesailla?

ú es una groma, comadre?

—Como yo soy tan gromista..
es natural! será en groma.

—Pos mire usté la gromita
tiée el sabor de la retama.

—Pos yo le agradecería,
que en groma se arrematasen,
ya pa siempre, sus visitas.

—Vamos, hombre, yo hoy me como
á una desagraecía
der corralón de *Las Flores*.

—Eso es y enseguita
tendrá usted junta de méicos,
pa echar fuera tanta guifa
como quiere usted meterse
en el cuerpo.

—Pero diga
usted, porqué usted me ha dicho
de una manera tan fina
que yo no güerva á esta casa?

—La razón es mu sencilla...
porque tengo tó mi cuerpo
aún más negro que la endrina,
por causa del... *mengue*, vámos.

—Pero ha sio por causa mía?

—Pos si señó, porque anoche
cuando vino el que me estira
y me encoje, lo primero
que me dijo, el alma mía,
me lo dijo con retreta
y como cuando precipia
á teclear se aletarga
tecleando, pos... ¡si un día
le enseñara á usted mi cuerpo!
—No por la Virgen Santísima!
que hasta me dan repeluznos
de pensarlo!

—Ya vería
usted como tengo el cuerpo
—Que un *divé* no lo premita,
que voy á tener que darme

un baño en zarzaparrilla
de *Bristo!*

—Como que tengo
to el cuerpo como la tinta
negra de escribir, compadre;
porque es que él se imagina
que cuando usted me defiende
tanto, será...

—Con que asina
piensa de San Juan Crisóstomo?
porque es que yo, y no es pamplina,
soy más güeno, siete veces,
que el santoral; pero er día
que yo vea á mi compadre,
ese, *chavó*, usted se quita
la ropa que tiene puesta.

—Va usted á dejarme en camisa
compadre?

—Voy á dejarla
igual que á las golondrinas,
toa de luto, comadre:
que á mi cuando se me pisan
sin motivo los *pinrreles*,
soy un tigre!

—Una miajita
menos que tigre, compadre;
y además que no sería
usted solo, que mi Paco
no tiene de barsamina
er corazón.

-- Manque fuese
un león, Paco, me explica
el por qué de lo que pasa

y de esta mala partía
ú lo jago... caramelo!

—¡Caramelo!

—¡Quien diba
á esperar este mal pago,
cuando sus tuve en la pila,
las dos sandías de Adra
que sus tuvel

—¡Dos sandías!
dos... ¡malos tiros le peguen
en er sitio aonde yo diga!
¡dos sandías mis luceros!
¡un *divé* lo jaga tiza,
pa pintar en las pizarras!
dos de Adra ¡mala tifa
tonsurante se lè coma
to er pelo y la campanilla
se le convierta en badajo
de campanal dos sandías!
de Adra, mis dos estrellas
polares! dos rosas finas
de Jericó! dos arcángeles,
que tos miran con envidia!
Habrá pendón tó de mugre!
si es mugre toa su familia,
si no puée ser, si el que nace
pa ladrón, manque lo vistan
de nazarenol si tiene
usté en la cara la pinta
que tiée Judas Iscariote!
si su madre fué una... gibia
y su padre un... vamos, hombre,
que me destiño.

—¡Por vía
del que inventó los belones,
de Lucena!.. que me errita
el calor, si yo á su Paco
no le jago que me pía
llorando que sus perdone
—Y no le dará fatiga
á usté de que se le arruge
er pantalón?

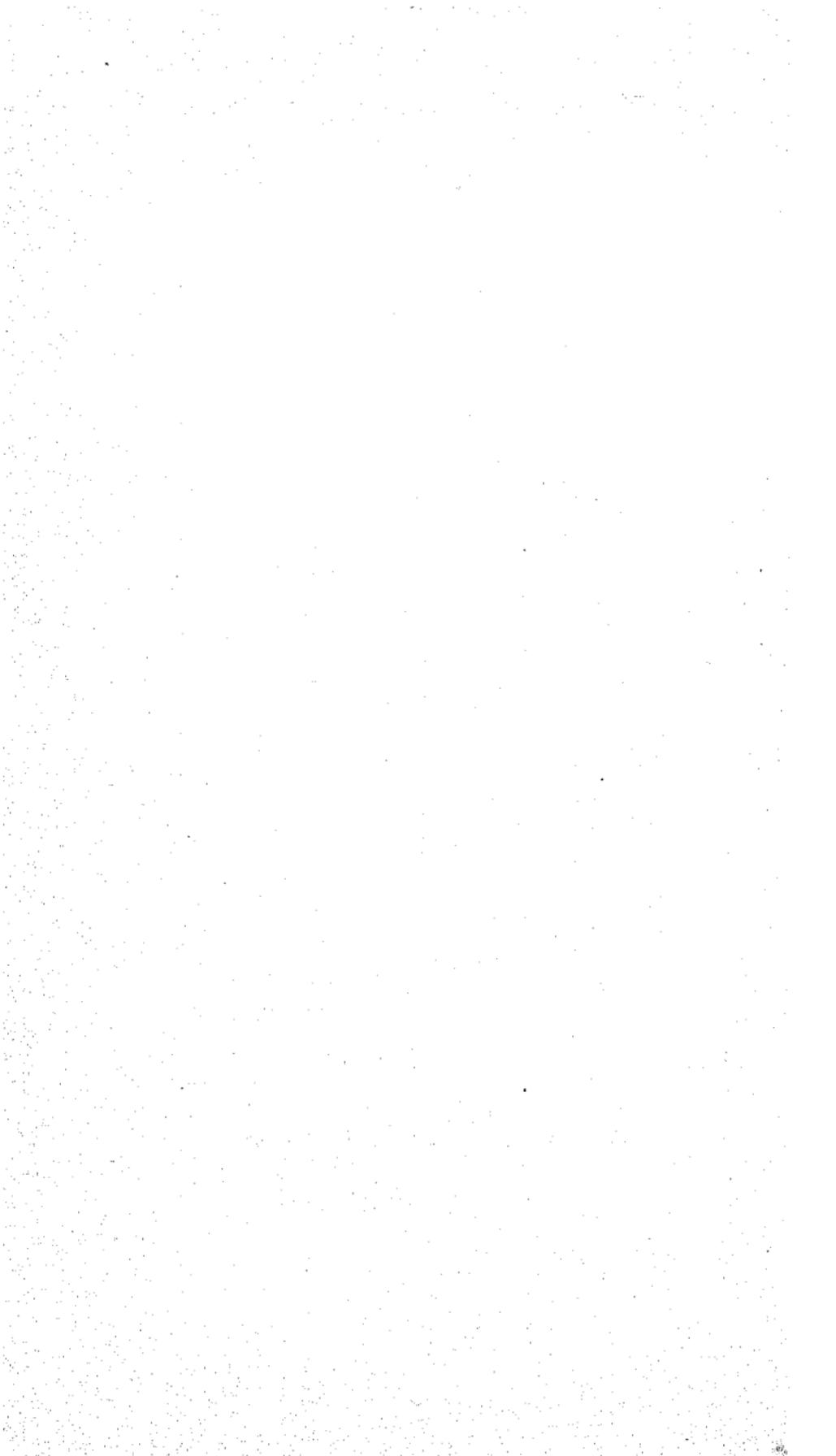
—Usté siga,
por esa trocha, salero;
pero Paco ú se la *jilla*
á vivir á Pernambuco,
ú le tengo de roilla,
jasta que yo lo perdone;
ú jago que usté se vista
toa de luto riguroso.
—Me parece que esa es grilla,
y no canta, que mi Paco,
sí es que usté se determina
á no quitarse el sombrero
al verlo, cualisquier día,
que se alebante con agrios
le suelta una salibilla
y «Aquí se ajogó un compadre
de Currito el *Cartulina!*»

Contempla breves instantes
con la expresión más sombría
Pedro á Rosario, y de pronto
tose enronquecido, gira
rápido, se echa el *pavero*
sobre la frente, vacila

un instante, se decide
por fin, se yergue, se estira,
por detrás, la americana;
se ajusta después la trinchá;
escupe por el colmillo,
y lo que escupe lo pisa,
con rabioso ensañamiento;
vuelve la cabeza; mira
á su comadre, que, trémula
de rabia, le desafía
con centelleante mirada
retadora, y se retira
con paso gallardo y rítmico,
y en tanto que él, calle arriba,
se aleja, un punto le sigue,
Rosario, torva la vista,
y dice, á la vez que, en brazos,
cogiéndolos, acaricia
á los dos lindos rapaces
que bullen, corren y gritan
en torno de ella.

—Cudiáo

chavó, que se necesita
valor, cuando en tó er planeta
no hay dos cosas más divinas,
ni dos cosas más graciosas,
que son mi niño y mi nifía!



AL DESPERTAR

—Han daó las ocho Dolores?

—Acaba de dar la media.

—Y porqué no me has llamáo?

—Porque á ti no te despierta
ni un repique!

—Y tú no sabes
que tós los días me espera,
á las ocho, Pepe el *Quiquí*,
pa que le ajuste las cuentas
del matutel!

—Y tú no sabes
que á mi tú no me la pegas
ya más, que ya te conozco
mucho más que yo quisiera
conocerte.

—Qué graciosa
que eres tül pero te piensas
tú que es *fñ* lo que te digo?
Pos preguntale á quien quieras

y verás; puées preguntárselo
 á la que vende la berza,
 en la esquina; á la *Tontona*;
 á Rosario la *Tendera*;
 y á toítos los amigos
 y á tóas las que te vengan
 en ganas, porque toítas,
 pero que toítas ellas,
 me ven tóas las mañanas
 con el *Quiqui*.

—Pos tóas esas
 me han dicho á mí que es mentira.
 —Eso es que no se acuerdan,
 de un día pa otro.

—Qué lástima!
 —La lástima es que tú seas
 tan mala... pero en fin sácame,
 si quieres, de la chaqueta,
 un cigarro.
 pero dime,
 se puée saber que orfatéas
 en mí americana?

—Güele!
 güele!

—¿Qué quiées que güela?
 —A qué güele?

—Ay que salero!
 ¡á que ha de goler! á esencia!
 á lo que güelen tus manos!
 ¡á jazmines y azucenas!
 —Dónde estuviste tú anoche?
 —Que gracial pos en la escuela
 de Artes y Oficios.

—En donde
tú estuviste fué en *cá* de esa
que te está poniendo ético...

—Oye, dame con que encienda
este *prejendi*.

—Si quieres,
anda y píeselo á aquella
que te dió los tres jarabes.

—Ojalay que me viviera,
que otro gallo me cantara!
Pero en fin, mira si quéa
una miajita de bársamo,
der de Ojén, en la botella.

—Una miajita de arsénico
es lo que yo á ti te diera.
gustosa.

—¡Que sangrecita
que te corre por las venas!
chiquillal... pero en fin, tráeme
otra *elástica*, que ésta
ya no es más que un alambrao,
y no tiée de camiseta
más que la estirpe.

—No hay
más que la que tienes puesta.

—Pos mira tú, dentro e poco,
voy á encontrarme otra nueva,
sin habermela quitao;
porque ya llevo con ella
mu cerca de nueve meses
si no me falla la cuenta.

—Pos con tres más ya son doce.

—Por vía de la *Malena!*
Y oye tú, ¿le has recortáo

á los calzones dos trenzas
que tién en dambos perniles?

—Yo no. Y tú?

—Trae las tijeras.

—Pos no me dá la rial ganál

—Camará, ¡vaya una briega
que me traigo yo contigo!

—Y la tendrás tan y mientras
sigas tú pendoneando,
tal y como pendoneás
con esa *gachí*.

—Pos mira

tú, que yo por la tremenda
no voy, á parte ninguna,
con nadiel y que si te empeñas
en que yo tengo un *chanelo*,
vas á lograr que lo tenga;
con que déjate de músicas
que estoy jarto de gresca,
y que ya me voy cansando.

—Pos sa menester que sepas
tú, que á mí me importa poco
que jagas lo que tú quieras
jacer, y si ya estás jarto,
y si oirme te molesta,
ya sabes... la medicina
la despachan, sin receta;
que no fuí yo en busca tuya,
ni te amarré una caéna;
con que si quieres... más vivo!

—Mira que ya es la tercera
vez que me dices tú eso,
y... mira tú que si llegas

á dicírmelo la cuarta,
cojo, Lolilla, la puerta,
y endispués un trasarlántico,
y endispués lo que Dios quiera...
y no vas á verme el polvo
en lo que á dambos mos quéa
que parpaguear.

—¡De jurol

¡si eso es con lo que sueñas
tú, ¡si eso es lo que buscas
tú, ¡si es que á tí ya te pesan,
la ropa con que me vistes
y el pan con que me alimentas;
si es que eres malo seis veces;
si es que tiées la sangre negra
como el betún; si tu madre
te echó al mundo pa que fueras
mi verdugo y mi martirio...

—Chiquilla tú no estás güena
del chirimollo, chiquilla,
no me llores, que me quemas
er corazón con tu llanto!

—Ay Virgen mía y que pena
tan grandel

—Pero, chiquilla,
si eso de dar media vuelta,
y coger el trasarlántico,
y largarme de tu vera,
es un *infundio*.

¡Un *infundio*!

Sea usté mujer de vergüenza
pa que le den este pago!

—A ver Lola si me emprestas

un beso, na más que uno,
pa que yo te dé la güerta
enseguíta.

—¿Yo un beso?

una puñalá *trapera*
que me den á mí.

—No llores

por tu salú, que me apena
verte llorar.

—Güeno, déjame.

—Ven.

—No.

—Te digo que vengas

.....

—Pero Dolores, Dolores.

—Quién?

—Yo.

—Quien es?

La casera.

—Qué quiere usted?

—¡Que alma tienes
mujer! que ya la candela
se te está pasando.

—Voy.

—Pos no vas si no me besas.

—Güeno, te lo doy, más conste
que te lo doy á la fuerza,
na mas que porque no quiero
se me pase la candela!

ÍDILIO

Trepa la enredadera
por la ventana,
y de cárdenas flores
y verde encaje,
tiende en ella, un á modo
de cortinaje,
más bello que si fuese
de seda indiana.

En la reja moruna,
de flores llena,
de nardos, de jazminez
y de claveles;
la más linda gitana
de los *Percheles*,
deja ver, entre flores,
su faz morena.

Sus ojos tan oscuros
como la endrina;
de los astros son copias

por lo fulgentes;
y dos sartas de perlas
fingen sus dientes;
y parecen sus labios
de purpurina.

Olorosas *birnagas*
orlan su pelo;
enamora su curvo
perfil gitano,
y es tan terso su cutis,
que es casi hermano,
por lo fino y brillante
del terciopelo.

Al pie del viejo muro,
rápidamente,
llega un mozo de porte
gallardo y fiero;
uce corta chaqueta,
y amplio sombrero
cordobés, inclinado
sobre la frente.

Y al llegar, en postura
noble y bizarra,
aproximase el mozo,
también gitano,
á la reja, y sus ansias
rima su mano,
en las cuerdas vibrantes
de su guitarra.

Y con lánguido acento,
de amor henchido,
que es de dulces cadencias
todo un tesoro,
su amor canta, y su canto,
dulce y sonoro,
es un ruego tan triste
como un gemido.

.
.

Ya se aleja riente,
cual la mañana,
el mozo, y de la pena
no gime al peso,
que ya lleva, en sus labios,
el primer beso,
que ha robado á la virgen
en la ventana.

LA DERROTA DEL "PATITA"

Con razón anda el *Patita*
tan hurafío y tan colérico,
que no hay mozo, en todo el barrio,
de los de más pelo en pecho.
que lo embrome, ó que se olvide
de decir en el momento
en que el *Patita* estornuda
—¡Jesús!—que todos *canguelo*
le tienen; que todos saben,
y están hartos de saberlo,
que es mucho mozo el *Patita*,
y mozo de tan mal genio
que por menos de una copla
mal cantada, frunce el ceño
y alza la mano, y parece
que hace explosión un barreno.

Y con razón el *Patita*
luce torvo el entrecejo,

y aún más torva la mirada,
que al ir á ponerle término
á su gloriosa carrera,
de gentil y macareno
conquistador, ha sufrido
un descalabro, el primero,
la vez primera en que el hombre
entrar quiso por derecho
y llevarse á sus *cubriles*,
como Dios manda, y en ellos,
para siempre acubrilarse,
con ella, á la de más méritos
de las hembras de su barrio.
Y cuando el hombre más lleno
de amor y de confianza
en su glorioso abolengo,
en su bizarra apostura,
en sus ojazos tan negros
cual la noche, en sus facciones
varoniles, en su pelo
rizozo, en sus dientes nítidos,
en su cutis si moreno
tan fino como la seda
y el raso, y el terciopelo;
en el rico calabrote
con que decora el chaleco;
en su traje bien cortado;
en su flamante *pavero*:
y en las dos fincas urbanas
de las cuales, como dueño,
cobra ó no cobra las rentas;
cuando más en todo esto
confiado—repetimos—

disponíase al asedio
de la gentil fortaleza,
dijole su amigo, el *Negro*
Cachimba:

—Oye, tú, Frasquito,
déjate ya de *chanelos*;
mira que esa *gachí* tiene,
un gusto que está pidiendo,
á voces, que la embarsamen;
y que sigún *reza el rezo*,
esa está der tó por Pepe
el *Mingo*, un *gachó*, tan feo,
pero tan feo, que dicen,
chavó, que los que le vieron
en la pila del bautismo,
lloraron de pena al verlo.

II

—¡Me parece á mi que el *Mingo*
de esta jecha gana el cielo!
exclamó Curro el *Patita*,
y, para no perder tiempo,
se dirigió hacia su casa,
en donde, algunos momentos
después, decíale á Lola:
—Yo, Dólores, pa ti tengo;
si es que tu acertarlo quieres,
un piso que es un recreo,
con muebles tós de caoba
y de nogal y de ébano;

cien mantones, de Manila,
de los de *chipé*, er que mênos
de los cuales, cien millones
de millones, tiée de empeño:
además, la mar de cajas,
abarrota de pañuelos
de crespón, de tós colores;
y de faldas, y de cuerpos,
y de enaguas, y chaponas,
y de encajes, y de petos,
y de medias, y refajos,
y de anillos, y aderezos,
y de peinas, y alfileres,
más que tienen los inviernos
granizos, y sarpullíos
los veranos, y que besos,
te diera yo en esa boca
granate. Con que, salero,
si quieres, ahora mismito,
busco á tu *vato*, le suelto
mi plática, y si consiente,
me voy ar cura y lo arreglo
tó en menos de diez minutos;
y á la parroquia, y no quiero
pensar en lo que le sigue,
porque se me corta el cuerpo.
Con que tu dirás, gitana,
si debo vivir ó debo
tirarme por la *Escollera*,
manque me moje tó el terno.
Y sonriente y gallardo
queda, el *Patita*, en silencio,
comiéndose con la vista

á Dolores, un portento
de bonita, con los ojos,
luminosos cual luceros;
con la boca más bonita
que los ojos; con un pelo
que era una bata de cola,
si se lo dejaba suelto,
y un talle que parecía
que iba á rompérsele, al peso,
del prodigio, que otorgarle,
á Dios, le plugo, por pecho;
prodigio que, según todos,
tiene el raro privilegio,
de darle muerte á los vivos,
y darle vida á los muertos.

Y Lola que había escuchado
al *Patita* con el ceño
algo fruncido, le dice,
irónica:

—Yo lo siento
más no puede ser, *Patita*,
que yo goce de tós esos
millones y más millones
de cosas, porque yo tengo
jecho voto de pobreza,
y la verdá, que no suelo,
por nafta de este mundo,
faltar á lo que prometo.

—Pos si es asin—le responde,
con voz de rabioso dejo
el *Patita*—y usté quiere,

yo rejunto mis dineros
y se los doy á un tullfo.

—Yo, *Patita*, le agradezco
dícele Lola—toítas
sus finezas, más no pueo
darle gusto en lo que píe.

—Y eso por causa de un... tiesto
sin lañar?

—Usté lo ha dicho;
por mó de ese á quien yo tengo
dentro de este relicario,
siempre metío—y diciendo
ésto, en actitud colérica,
saca Lola, de su seno,
un relicario de plata,
dentro del cual, prisionero,
verse podía un retrato,
del hombre—futuro dueño
de sus ardientes hechizos—
y...

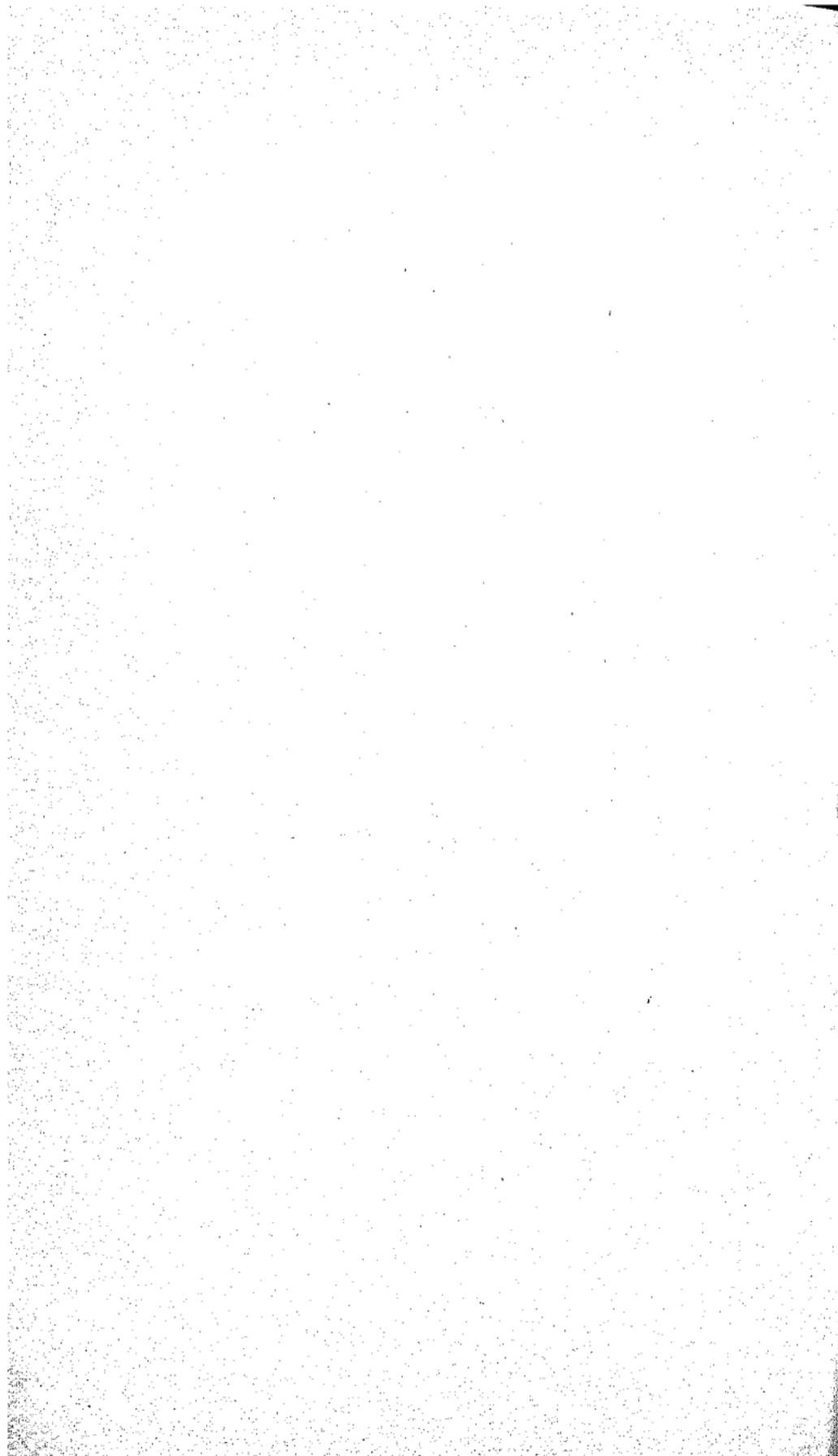
—Que viva lo moreno,
que lo moreno es mi gusto,
murmura posando un beso,
ardiente, en el relicario
de plata.

Pálido y trémulo
é inmóvil queda el *Patita*,
breves instantes y luego
exclama con voz rugiente
y ahogada por el despecho:

—Debe usté dir á presidio;
que otras, por mucho menos,
están en un calabozol

Y arreglándose el *pauero*
pone el *Patita* la proa
á la mar, y sonriendo
graciosamente Dolores
le grita:

—Muchos ricuerdos
á toftos sus mantones,
toftos sus aderezos,
y á toftas sus tumbagas,
y á toftos sus pañuelos.



GITANERIAS

Carita serrana,
carita morena,
carita gitana;
¿que tienen tus ojos,
tan negros? ¿que tienen
tus labios, tan rojos?
que cuando los toca
mi boca, á tomillo
me huele la boca?...
¡carita de cielo!

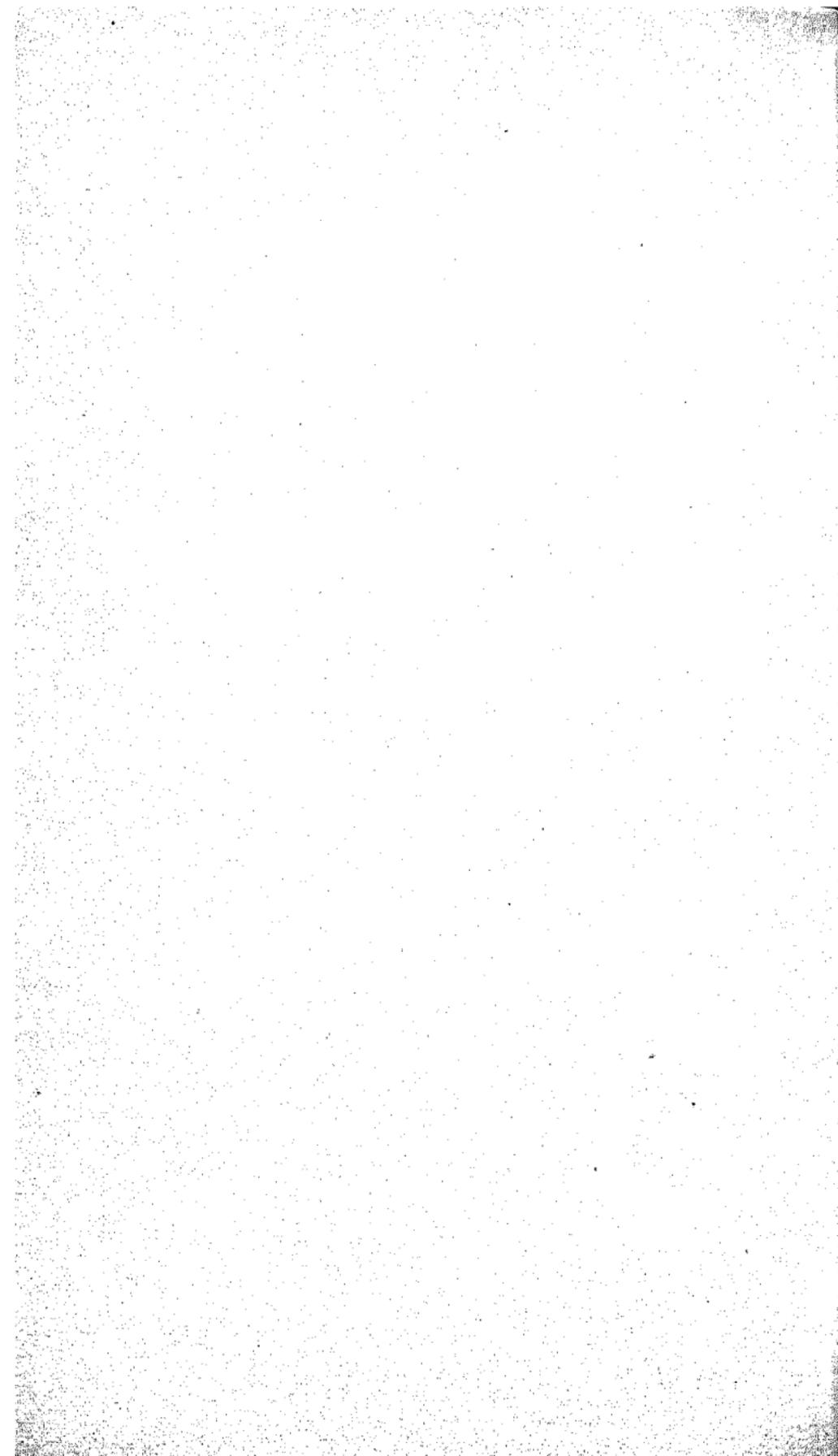
Bésame gitana,
carita graciosa,
carita serrana;
mira que, tus besos,
son mis alegrías
y mis embelesos;
mira que Dios quiso,
que hallara, á mi paso,
en tí el Paraíso...
¡carita de rasol!

Mira que tú eres,
la fuente de plata
de tos mis placeres;
la fuente risueña,
la fuente que ríe,
del alma, que sueña;
la fuente sonora,
que, al alma, le quita
las penas que llora;
¡carita bonita!

Tu cara es la cara
del sol que me alumbra,
del sol que me ampara;
sin ella me muero
de pena, sin ella
la gloria no quiero;
sin ella, mi vía
ni gusto ni olores,
ni luces tendría...
¡carita de flores!

Por eso te pío
calor, que sin ella
me muero de frío;
que sin tus quereles,
pa mi, los panales
serían de hieles;
que tan solo vivo,
cuando en tu ventana
me tienes cautivo;
¡carita serrana!

Cuando yo me muera,
que tenga el consuelo
de verte á mi vera;
de ver ese hechizo
de cara, ese pelo
tan negro y tan rizo!
de ver, mu cercana,
la que es mi consuelo,
¡carita gitana!
¡carita de cielo!



DOS COPLAS

—Ya toas mis alegrías
se me han seco en el alma.
que cuando el árbol se seca,
tamién se secan las ramas.

Así cantó, Juan el *Puli*,
delante de la ventana,
donde, asomarse solía,
Martirio, la luz más clara,
y la fuente más risueña
y la flor más perfumada,
según el *Puli* decía,
casi á gritos, cuando hablaba,
de Martirio, su martirio
á la vez que su esperanza.

Y al conjuro de la copla,
brilló el semblante de nácar
de Martirio, entre la yedra
y los jazmines que escalan

el herraje, sus pupilas
de antílope, donde el alma
se hace luz; sus labios bellos,
tan rojos como la grana;
su ondulante cabellera,
que, en reluciente castaña,
besa su nuca; la nítida
morbidez de su garganta,
de paloma; de su seno
la virginal arrogancia,
que velar pretende en vano,
un pañuelo, que delata
sus redondeces, que tiemblan
tentadoras y con lánguida
voz en que el ritmo desmiente,
lo que expresan sus palabras,
dice al *Puli*:

—Mira, Paco,
manque es la verdá que cantas
como un mirlo, yo quisiera,
que, por Dios, ya te dejaras
de tangos y *bulerías*
delante de mi ventana,
pos me estás dañando el timpano;
y si no se te saltara
alguna cuerda, quisiera,
que agüecases ya las alas
y te fueras con tu pito,
á echarles tus serenatas,
á Pepilla la *Melindres*;
ú á la *Gorgojo* que andan
diciendo que er día que quieran
te cogen y te embarsaman,

y te ponen como adorno
en la mesa de su sala
de reeibo.

Paco el *Puli*,
enredando sus pestañas,
de tanto entornar los párpados,
como si le deslumbrara
la luz que tiene, en sus ojos,
Martirio, con la tez pálida
y tembloroso el acento
le responde:

— Mi gitana,
mi matita de romero,
mi cofrecito de prata,
mi rosita trempañera,
y mi pañito de lágrimas;
por tus ojitos charranes,
no me hables cual me hablas;
que es, tu *metal*, más amargo,
que el jugo de la retama.
Yo no pueo asepararme
del pájaro que me canta,
de la flor que me perfuma,
del sol que al darme en la cara,
en sol me bafia to el pecho,
y de sol me llena el alma,
y toitos sus rincones;
y si un día me apartara
de esos ojos que me alumbran,
de esos labios que me abrasan,
y de ese cuerpo gitano
que es la flor y que es la nata
de los cuerpos sandungueros;

si, pongo por caso, izara,
yo, niña, de esta badía,
en este momento, el ancla,
fijamente á mi esta noche
me ponfan la mortaja
—¿Y te crees tú, Paco el *Puli*,
que el pájaro que se escapa
una vez, del jato, vuelve
al jato? á mi no me engañas
ya tú con tus simbeleos,
que simbeles tus palabras
son y tu mirar reclamo;
y toas las cosas cambian,
y tos los días se aprende,
algo en la vía y si estaba
yo en Belén con los pastores,
yo ya me fui de la trampa,
sabes tú? que de corrió
me se yo que si te afanas
en engañarme de nuevo,
es porque lo que te falta,
de eso que á veces al hombre
jace satirle á la cara
el color, á ti te sobra,
de *infundios*, y ayer mañana
apostaste con el *Cañamo*,
á que, si se te antojaba,
volvías á alzar tu tienda
en lo mejor de la Plaza,
y en eso... ¡naranjas chinas!
que no entras tú en esta casa,
en tanto yo parpagué;
que ya corrieron las aguas

y las aguas se llevaron
lo que trugieron.

—Te engañas,
ú te engañaron, Martirio,
tofto eso es guayaba;
que si yo he güerto, á tu reja,
es poi que en las dos semanas
que llevo de no mirarme
en los ojos é tu cara,
pueo darle catorce güertas,
á mi cuerpo, con la elástica,
y es pa mi vinagre el vino,
y son salobres las aguas
y me he entrao en el pelecho
y pa que no se me caiga
el pantalón, no se aonde
ajustarme ya la faja,
poi que mi talle no es talle
ya, y mi cuerpo no descansa
ni de noche, ni de día,
y son tan pocas las ganas
de comer que me han dejao,
estas *ducas* que me matan,
que con un güevo minino,
me mantengo una semana,
y aun me quea media yema
y cuasi toa la clara.

—¡Clarol!

—Te piensas que es *chungá*?
Lo que yo platico es prata
más fina que la *meneses*,
y es, *chavó*, que nunca falta,
alguna malita lengua;

y á mi naide me alevanta
na farso, y ahora mismito,
vas á oír en dos palabras
la verdá.

—Cuentame un cuento,
que cuentos nunca te fartan
á ti pa las ocasiones.

—Mía, Martirio, que me salga
un saratán en ca pelo,
y un tumor en ca pestaña,
si lo que voy á dicirte
no es la *chipé*. Mira, estaba
yo antier en cá der *Coquinas*,
con él jugando á las cartas,
con él y con el *Chorreras*,
el que le quita la bata
y le dá pa el añadio
á Pepa la de las *Gárgaras*;
y tamién estaban Toño
el jembro de la que canta
en *Chinitas*, y Tobalo
el *Ciclón*, el que le habla,
á media noche, al oído,
á Pepa.

—Güeno que estaban
ustés, tos los diputaos
der distrito; toa la nata
de los hombres con vergüenza.

—Tú lo has dicho! mas faltaba
er *Picúo* y er *Picúo*
entra de pronto y la sala
llena el hombre de *pavero*
y de *tufos* y tumbagas

y arrimándose á la mesa
me dice—Pepe, me acaban
de decir que la Martirio,
que es tu martirio, se casa
con don Paco el *Chirigotas*.

A mi al oírlo la cara
se me puso, según dicen,
del color que tiée, la cáscara,
la alloza y sentí, chiquilla,
como si me reliaran
una *bicha* de un kilómetro,
de camino, á la garganta,
y según tos me han dicio,
me queé jecho una estátua,
y endispués, de pronto, siento,
que los dientes se me alargan
y... ná, que cierro la boca,
pa no morder y que pasa
un minuto y reflerciono,
y me jecho al fin la galga
á aquello que yo sentía
y le respondo—Está vana
esa, tírela usté ar suelo,
que esa noticia no pasa;
que á la niña que usté dice
no le han gustao las raguas
en jamás de los jamaces
—Las apariencias engañan—
él me responde—y las jembras
son lo mismo que las cartas,
y que los testigos falsos

y que los grillos, que saltan
en donde menos se piensa,
y la más güena no aguanta
la tentación más de un día,
si el *gachó* que la trabaja
sabe su oficio y tieé garbo
y tieé *parnés* y tieé calma,
pa esperar la coyuntura,
y no hay *gachí* que no caiga
cuando es mu frio el relente,
y al acostarse se tapa
con un puñao de ilusiones,
y se le enseña una manta
de terciopelo y un piso,
y en él una güena cama
dorá, con su mosquitero;
y una luna veneciana
pa que se mire y colgando
del techo una güena lámpara
y además llena la cómoda
de camisas y de enaguas
y chaponas y mantones
de Manila, que eso ataca
mucho el sistema nervioso
de la mujer.

—Pos se engaña
der tó Paco el *Chirigotas*
y si él, se goza en pintarla
de ese *mó*, es por que le tiene
chingares; porque él andaba
jaciéndole monerías,
y como el hombre, dió en *laja*
pos velay tú... pero ella

es una rosa trempaña,
y es canela y es azúcar
de pilón y es tanta y tanta
la fé que tengo yo en ella,
y en que ella no se casa
por *parnés*, que yo me apuesto
er corazón y las anclas
que en él jechó éste cariño,
que me pudre, á que mañana
he jecho yo ya las paces,
con la que tengo en el alma
engarzá, como una perla
engarzá en una tumbaga.

Esto fué lo que yo dije
y ahora bien si es que se engaña
mi corazón y si es cierta
la noticia que me daba
el *Picúo*, si es que estoy
dequivocao y te cansa
ya mi querer y otro hombre
se ha ganao pa él la palma
de la alegría, dejándome
la del martirio, arremata,
de dicírmelo, Martirio,
porque si tú me lo mandas
yo jago lo que tú ordenes:
manque la pena me jaga
er corazón más clavijas,
que gracias puso la gracia
en tu cuerpo tan gitano,
y en tu carita gitana.

Y tan triste, tan sombría,
tan honda, tan apenada,
brotó la voz en los labios
del *Puli*, que la muchacha
le repuso sonriendo,
á la vez que su mirada
acariciaba, del mozo,
las negras pupila lánguidas
—Si es la verdá la que dices,
Paco el *Puli*, no te vayas.

Y más tarde al alejarse
de la florida ventana,
llevando, á la de la luna,
la luz del sol en la cara,
y ya vencedor, el *Puli*,
alegremente cantaba.

Ya, toas mis alegrías,
me han renació en el alma,
que al renacer el estío,
la flor renace en la rama.

FAROLÉS

Yo soy Pepe el *Butifarra*,
y el *Butifarra*, es, morena,
el mozo más pinturero
y el mozo de más bandera
de los mozos del distrito;
y como es una pena
que un mozo condecorao,
con más galones y estrellas,
que puée tener inquilinos
un celemin de lentejas,
esté pasando más *ducas*
de muerte, que cadenetas
jace una *Singer*, yo, nifia,
le juro, que si se niega
á darme el sí que le pío,
yo pongo, nifia, en su reja,
ésta misma noche, un bando
que diga: «To el que se atreva

á mirar con dambos párpados
entornaos, á la jembra
que á mí lo amargo me endureza
y lo triste me lo alegra;
debe jacer testamento.

Y el que esto dice y ordena
y dirtó lo que está escrito,
es Pepe Heredia y Heredia,
más conoció por Pepe
el *Butifarra*, y quien quiera
saber más, que le pregunte
al *Butifarra*.

—¡Que pena!
¡cudiaio con haber perdío
y tan der tó la *chaveta!*
por *mó* de mí!—Lola exclama
y con voz en que cadencias
se hace la burla prosigue:
—Y diga usted ¿conqué letra
va usted á escribir er letrero?
—¡Ay que gracia! usted se piensa.
que es güasa pos me lo escribe
Casimiro, que *chanela*
de eso la mar.

—Mie usted, Pepe,
que eso es caro; que eso cuesta
más *parneses* que ha podío
usted ver.

—Pos manque sea
un millon, yo lo arrejunto;
to es cuestión de una hipoteca
más en la casa de empeño,
dice, y dando media vuelta

con paso rítmico y lento,
rítmicamente, se aleja.

II

Dormitaba Casimiro
una traición del *Solera*,
sobre su entre catre y cama,
que no la quiso camera
al casarse, según dicen,
por poder estar más cerca
de su Paca, una *morucha*,
con las pupilas tan negras
como la noche, y tan negro
el cabello como ellas;
la cual, grave y cejijunta
en su semblante refleja
la rabia que la combate
y la indignación que llena
su corazón, recordando,
como acabó en la taberna,
todo cuanto, su don cuyo,
tenía en la faltriquera;
y con voz sorda y rugiente,
iracunda y descompuesta,
grita á su hombre que tímido,
al oirla, la cabeza
tapa con la cobertura,
por temor á la tormenta.
—No te se cae la cara
ar suelo? ¡Mala cangrena

te coma, poquito á poco,
sin que te deje siquiera
ni el ricuerdo! ¡Que diita
aquel en que fui á la iglesia
engañál! Cuando, á estas horas,
podía ser la primera
yo de las mozas de rumbo
y de más prosopopeya;
que toito er mundo sabe
mu refebien, que yo era
una flor, por la que habían
pirdío ya la *sigüela*
Paco el *Pardo* y Juan el *Quiqui*
y Periquito el *Manguete*,
y Antoñico el *Manioso*,
y sobre to Pepe el *Pelma*,
un torero, aun más torero,
la mar de veces, que el *Guerra*;
un hombre que ya ha salío
retratáo en las viñetas,
el cual estaba más lóco,
por mi cuerpo, que una yegua
con to er juicio pirdío.

Casimiro no contesta
á Paca que más se irrita
mientas más y más encuentra
impasible á su don cuyo,
sin oír coma golpea
en la puerta el *Butifarra*,
el cual viendo que se esfuerza
en vano, en llamar, tal golpe

descarga contra la puerta
que

—Con el testú—le grita
Paca, con voz que demuestra
lo recio de sus pulmones.
Y el que llama le contesta
también gritando:

—¡Por vía
der cielol Ni que estuviera
ustés, dambos, ensayándose
pa un mitin.

—Y la vergüenza
se murió ¿verdá? le dice,
abriendo al punto la puerta,
Paca, cuyos negros ojos,
agresivos, centellean.

—Si yo lo que le pregunto,
salero, no es ná que tenga
segunda.

—Pos si, ensayándome,
pa dicirle á tó el que quiera
oirlo, que es usted tonto
dende antes que su abuela
le hablara de tú á su abuelo.

—Pos mie usté, ya jace fecha
de eso que usté me dice,
que pa mi, según mi cuenta,
estaría por entonces
usté jechando la muela
de la razón.

—Del mal tiro
que le den á usté aonde tenga
usté más hueco.

—¿Que pasa?
pregunta, con voz apenas
perceptible, Casimiro,
asomando la cabeza
por entre los blancos pliegues
de la sábana.

—Tu jembra
que sa pensao que yo soy,
el que viée á cobrar las cédulas,
y está dándome un repaso,
y echándome una cenefa
toa de color de corinto;
cuando tocarme debiera
la Marcha Rial; que yo vengo
á que ganes dos pesetas
por escribir tres renglones.

A la tan dulce promesa,
serénase la consorte
de Casimiro y con tierna
voz le dice al *Butifarra*:
—Pero usted cree que es de veras
eso que yo á usted le he dicho?
vamos, hombre, si usted piensa
que yo se lo he dicho en serio,
usted no sabe siquiera
distinguir, de la que es blanca,
la muselina morena.
—Pos siendo asín yo retiro
lo que dije de la muela
de la razón.

Breve rato
después, con las tres pesetas

ganadas en el bolsillo,
sale Paca hasta la puerta
despidiendo al *Butifarra*
y haciéndole más zalemas
que hacerle puede el creyente
al zancarrón del Profeta.

III

Ya el sol que la calle inunda
dora, abrillanta y alegra
con sus rayos matutinos
la perspectiva: en su tienda,
un *bazar* al aire libre
situado en la plazuela
de *Santa Ana*, en la esquina
de una de las callejas
que allí desembocan, de una
de humildísimas viviendas,
de muros casi ruinosos
y de balcones y rejas
adornados con cacharros
y con tiestos y macetas,
de nardos y de claveles
y de verde enredadera;
calle que brilla riente
como una alcatifa persica,
Currito el *Piri*—un gitano,
nacido en remota fecha,
á juzgar por lo rugoso
de su tez, por su guedeja.
de un blanco sucio, que cae

sobre su frente, que ostenta
más surcos que ara una yunta,
en un cortijo, en la vega;
por su boca desdentada
y su figura esquelética,
el cual medita en silencio
y al mismo tiempo contempla
un brodequin sin tacones
y sin palas y sin suela,
ni tapas, ni contrafuertes,
en hacer del cual se empeña
casi una obra de arte
cuando Juan el *Pampli* llega
acompañado del *Rabi*
y haciendo una reverencia
exclama:

—Mu güenos días,

y

—Mu güenos!—le contesta
el *Piri*—¿de aonde vienen
ustedes?

—De la taberna
de Pepe el *Tigre*; por cierto
que—le dice el *Pampli*—apenas
llegamos allí, la prima
mos contó, *chavó*, la gresca
de Antonio y del *Butifarra*.

—A mí, sea lo que sea,
no me extraña, porque ese
güasón perdió la sesera
en la pila del bautismo.

—Pos han dicho que el mu... prenda
de vestir, puso un letrado,

esta madrugá en la reja
de Lola, en el que decía,
que el que se acercase á ella,
diba á dir á no sé donde;
pero como Antonio el *Pena*
anda jaciendo pucheros
por Lola, y el mozo aprieta
de verdá; al ver el letrado
pos le puso una coleta
al letrado, en la que dice:
Yo, Antofico Pinto y Peña,
natural de *Capuchinos*,
y avecindao en la *Muñeca*,
y de oficio barrilero,
y argo, bizco por más señas,
certifico siete veces,
que Pepe Heredia y Heredia,
por mal nombre el *Butifarra*,
miente más que la *Gaceta*,
ve menos que un ciego á oscura
y que tiene la vergüenza
dá á retro, y esto que digo,
se lo digo con la lengua,
y además con el pulpejo,
porque si Pepe se empeña
lo mando con un recaó
á la luna, por mi cuenta,
sin tener que preocuparse
de trenes ni diligencias,
porque si él se decide,
yo lo mando en cuanto venga
á la luna, de un guantazo
urgente.

—¡Vaya canela
de Ceylán! ¿y él lo ha lelo?

—Claro que sí! pos si apenas
puso Antonio la posdata,
se fueron á la taberna,
en su busca, y lo trujieron
pa que el *gachó* lo leyera.

—Y le han jecho ya el *boquete*
en el Campo Santo, al Peña?

—Ya veo que no conoces,
tu al *Butifarra*. El que lleva,
en la canana, cartuchos,
ese nunca cacaréa,

y el *Butifarra*, de gallo
no tiene más que la cresta
y el quiquiriquí, tú sabes?

y el otro tieé dos espuelas,
que cuando el mozo se crece
son dos navajas barberas.

—¿Más que dijo el *Butifarra*?

—Pos na que leyó la esquila
y le dijo al *Coquinero*:

—Camará, pos si no fuera,
mi amigo, Antonio, la groma
le costaba más que él piensa;
pero en fin, él es mi amigo...

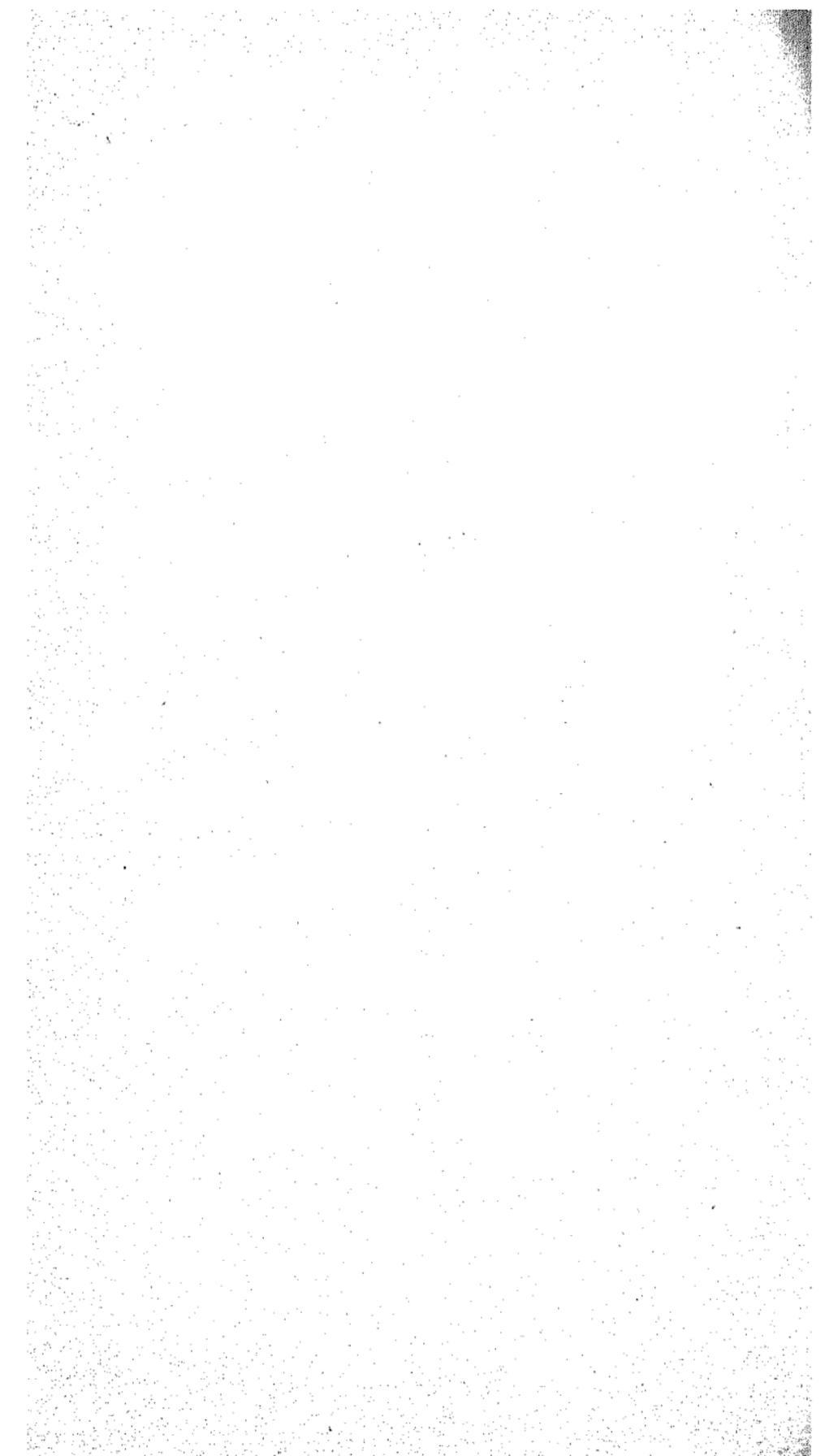
y en fin, que si te lo encuentras,
le dices, de parte mía,

que he dicho yo que no güerva
á poner más cartelitos,
y sobre tó si se entera

de que estoy de mal *arate*,

Y ná, que dió media vuelta
y se fué de la ventana.
—Pos dí tú que la bandera
se le ha caío al Pepillo,
ya pa siempre, en esta tierra.
—Como que aquí el que más vale
es quien tiée la voz más recia.
—Y que dirá á Lola á esto?
—Pos ná, que ya de esta jecha
se la ganó Antonio Pinto.

Y la ya mojada suela
saca el *Piri* de un barreño,
y en tanto el *Rubio* comenta
con el *Rabi* y con los otros
lo ocurrido, canturrea
aquél un cantar gitano
de quejumbrosas cadencias.





ENTRE RISCOS

—Jéchale el jato al *Careto*,
mira que son ya las tantas,
y, á las doce, estoy citao,
con Joseíto, en la jaza
de Antoñuelo el *Pancaliente*.

—Pos aspera á que la jaca
arremate con el pienso.

—Mira si está la canana
llena del tó.

—Ya la he visto,
y tiene, doce, de balas,
y doce de *perdigueros*.

—Pos, mira, Currita, cambia
los *perdigueros*; que es fácil,
pero mú fácil, que haiga,
esta noche, una miajita
de fandango y si se baila,
conviene que no le farten
bordones á mi guitarra.

—¿Y poiqué puée haber fandango?

—Quizá por mó de tu cara.
—¡Vamos, hombre! ¡que me dices!
—Pos lo que te digo, hermana,
y pa mi, que, fijamente,
se arma el *jollín*, y se arma
por mó de Currito el *Tábiro*,
que es más malito que es mala
la cangrena, y como el mozo,
tiée el corazón tan de ácana,
habrá dío con la música,
al *gachó* que tiée más ganas
de arrecogerme el *Careto*,
y con el jaco la carga,
y con la carga el retaco,
y con el retaco...

—Vaya
hombre, no seas asina.
¿Curro el *Tábiro*, que gana
con traicionarte?

—No es cosa,
si la ha jecho, de ganancias;
poique si Curro dá el soplo,
es tan solo por venganza;
poique la otra tarde estando
en el *Chaparral*, que estaba
asperando al *Naranjero*,
pos llegó esa horita mala
y encomenzó, como siempre,
de pláticas y más pláticas,
y dale con si está loco
por tu presona gitana,
y por tus *clisos* gitanos,
y con que si por tu causa

está jechando de golpe
to er purmon, y que le fartan
las fuerzas, y como estoy
yo ya mu jarto, y me empacha
que venga siempre á confarme
lo que contigo le pasa,
y tamién estoy ya jarto
de que nunca se le caigan,
de la boca, los faroles,
y las luces de bengala,
cuando de Toño platica;
y á mi es cosa que me amarga
más que la tuera, que un hombre
hable mal de otro, de espaldas
al otro; ¡pos está claro!
me resfalé una miaja
más de lo que yo quería
y le dije... na... que estaba
ya jarto de sus *rondines*,
pos van á pensar que es guarda
de la finca, y que no quiero
verlo más por esta casa;
que tú estás comprometía
con Toño, y que á Toño aguardas
drento de ná, y que no quiero,
ni quieres tú, que se vaya,
Toño, á pensar, que tu tienes
pa cá uno una baraja.
Total que el mozo, al oirme,
le sentaron mis palabras
como un tiro en el sobaco,
y... ná que agüecó las alas
y jasta endispués, salero;

pero es que tiée tan remala
la sangre, ese probetico...
que pa mí que me la guarda...
pa cobrarmela algún día.

La débil luz que derrama
un candil, doble, de hierro,
que adorna un gallo que canta,
ó estar cantando simula,
alumbra, apenas, la estancia
de muros enjabelgados;
y las figuras gallardas
de Currita y Pedro: éste,
mozo es de tez bronceada,
y de arrogante apostura;
y ella de figura elástica
y gentil; de negros ojos
tan brillantes como brasas
encendidas; de facciones
correctas, donde retrata,
su condición tan bravia,
como generosa, el alma;
de profusa cabellera;
y luce típicas galas,
todas vistosas y humildes;
zagalejo color grana;
el *cuerpesillo* de *coco*,
que ver deja su garganta,
por un collar de corales
y abalorios, adornada;
amplio pañuelo de yerba
al talle, y en la *castaña*,
en que, sujeto, el cabello,

sobre su nuca, descansa;
fingen varias margaritas
como una greca de plata.

II

Por uno de los senderos
de la florida montaña,
camina Curro, la luna
sus claridades desata,
como una amante caricia,
sobre el bello panorama.
Todo dormido parece,
los árboles, atalayas
del monte, donde columpia
la brisa, al mecer sus ramas,
al pájaro que su nido,
en ellas fabricó; lanzan
al viento sus melancólicos
gritos, las aves hurafías
á la luz; turba el silencio
el mastín que airado ladra
al nocturno caminante,
que con la *fresca* cabalga,
como Curro, el cual camina
en su potro; y en su cara
se refleja la profunda
inquietud que le atenaza
el corazón.

Cuando llega
Currito frente á la casa,
que es el palacio encantado,
que entre sus paredes guarda
el tesoro que codicia
tan ardientemente, pára
su noble cabalgadura
y de un salto descabalgá.
Allí tras los blancos muros,
y tras las recias murallas,
del desdén con que le hiere,
con que cruel le maltrata,
está su dicha, la única
hembra que tiene, en el alma,
como con fuego, esculpida;
la que la sangre le abrasa
y el pensamiento le enciende
y le quema las entrañas:
allí está la bien querida
y ojalá la bien odiada,
con sus ojos tan de fuego,
que para que nunca ardan,
debe Dios haberle puesto,
cual de amianto, las pestañas;
con su fresca tez de raso,
donde dejó la mañana
su frescor y su rocío;
con su cabello, en dos bandas
partido, sobre la frente;
con sus labios de escarlata
y sus dientes marfilinos
y el hoyuelo que en su barba
puso un arcángel, sin duda,

enamorado al besarla;
con su seno que pudiera
ser dos palomas de nácar
arrullándose en un nido;
con su talle que amenaza
con romperse, si se inclina;
allí está, de las serranas,
la prez; de la serranía,
la palmera más gallarda,
y el pájaro más canoro,
y la flor de más fragancia;
la que él por compañera
quiso elegir, la que ama
á otro más afortunado
que Curro; mozo que aguarda,
para que su dueño sea;
y al pensar ésto la rabia
y la pena le enloquecen
y el aliento en la garganta
se le convierte en rugido
y

—¡Antes lo mato ó me mata!,
murmura avanzando rápido,
con sigilosas pisadas,
hacia el blanco y solitario
edificio.

Tibia baña
en su luz la blanca luna,
el muro y las albarradas
que el corral defienden.

Curro,
ágil y rápido escala
el viejo muro de adobe

y en breve rápido salta
al corral y

—Quien vá—grita
una voz y una ventana
se entreabre.

Se detiene
vacilante un punto, clava,
en ella, Curro, los ojos
y

—Quien ha de ser—exclama,
con voz sorda, conociendo
la voz de la que le habla.
Quien ha de ser sino un probe,
al que vivir ya le espanta;
uno que de sé se muere
á la verita del agua;
uno que diera cien vías
si Dios se las otorgara,
por la que es su martirio
á la vez que su esperanza!
—Y te crees tú con derecho,
dice, con voz irritada,
la moza—á por estar loco,
dar á los perros mi fama;
á esperar que noche sea
y á que esté sola y sin guarda
una mujer que se estima,
una mujer que le habla
á un hombre y que pa casarse
está con él, si no manda
Dios otra cosa y meterte,
como un ladrón en su casa,
pa... lo que Dios que es mu grande.

me ha dicío sin palabras,
pa tenerme prevenía...
Vete ya, Curro, y da gracias

Dios de que te ha salío
el tiro por la recámara.
—Pero tú te crees, Currita,
que si jeché el pecho al agua
lo jeché solo por gusto?
te piensas tú que se arranca
este querer de mi pecho
lo mesmito que una mata
de un rastrojo? No, Currita.

—Pero tu aquí que buscabas?
—Lo que busco, que séa mío,
y pa siempre mío y jasta
er mango, el puñal de oro
que er corazón me traspasa.

—¿Y no te dá á ti naíta?
¿Piensas tú que asín se gana
á la mujer y er cariño
de la mujer? acechándola
como un lobo que tú eres
y un charrán, si, Curro... vaya
vete, Curro, vete pronto,
y mu pronto y dalle gracias,
á la Pastora Divina,
de que dejo que te vayas
como has vino... ¡Por algo,
algo malo á mi me daba
er corazón, esta noche,
y algo malo sospechaba
de ti mi Pedrol

—A tu Pedro,

el ser tu Pedro le salva,
que si tu Pedro no juera,
otro gallo le cantara;
mas á otro que no es tu Pedro,
¡á ese si que no le salva
más que Dios!

—Pos, Curro, óyeme;
si tú á ese le jurgaras,
con el jálito, tan solo,
ar pelo... mía, Curro, calla
y vete, sí, Curro, vete;
vete ya que tus palabras
me güerven loca de ira
—Pos oye tú y arrepara
bien lo que á dicirte voy,
y es que quiéo yo que mañana
toito er mundo me vea
salir de aquí, pa que vayan
á contárselo á tu Toño,
á ver si Toño se arranca,
que es lo que yo ya apetezco;
poique como si él se casa
contigo, pa mí la vía
había de ser, una carga
mu pesá, pos yo te juro
y tu sabes que no falta,
Curro, nunca, á un juramento;
que antes que pise tu casa
Toño... yo á Toño le mato.
—Vamos, Curro, tú te engañas,
tu no matas á mí Toño,
ni tú esperas á mañana
en el corral, tú te enteras?

porque sería una infamia
mu grande, pero mu grande,
el que tu me deshonraras
y el que matases á Toño,
¡á un hombre que cuando pasa
por tu vera, ni te mira
por no ofender!

—No me ganas,
como otras veces, Currita,
con el cantar que me cantas;
que yo por Dios Uno y Trino,
te juro que cosas dambas
las jago, á tí te deshonro,
y á Toño lo despeazan
mis manos.

—¡No haras tú eso
por Dios y la Virgen Santal

—Si que lo jaré.

—Mia Curro,
que, de mí, con amenazas
no se consigue naíta;
que á mí me viée mu de casta;
que á mi madre, en to el partio,
tos, pero tos, la llamaban
Mariquita la *Leona*.

—Pos asin se alevantara
tu madre é la seportura...
lo que es Toño no se salva,
poique yo á Toño lo mato,
si no pueo cara á cara,
á traición.

—No jures eso,
Currito; mia que me pasan

mu malitas tentaciones,
por la frente, y se me salta
el corazón de su sitio,
y la razón se me espanta!
—Es inútil que me pías,
porque á Toño la mortaja
mañana mesmo le visten.
—No Curro, no, por Dios, basta,
tú no matas á mi Toño,
mía que la razón me farta.
—¡Yo te juro que lo mato!
—¡Y yo á tí que no le matas!

III

Ya llegó la luz del día
alegrando la montaña
y el valle; su luz primera
tiñe de oro y de grana
las cúspides de los montes,
que con sus rocas desgarran
del cielo, el azul purísimo;
todo al unísono lanza
un himno á la vida; rien
los arroyos, cual cascadas,
en los hondos, donde oculto,
entre mimbres y zarzas,
da el mirlo, su silbo, al viento,
y el ruiseñor sus estancias
peregrinas; tras la ubre
maternal, triscando, bala,
el resental, en los riscos
del monte; con arrogancia
fanfarrona, anuncia el gallo,

el amanecer; la azada
hunde el campesino atlético,
con indomable pujanza,
en el reseco terruño,
que ya las últimas aguas
olvidaron; los senderos
se animan, con las zagalas
y zagales que los cruzan;
y al viento sus coplas lanzan
los rudos vendimiadores,
que en cuadrillas y bandadas,
con los cuévanos, cargados
de aureos racimos, cual cabras,
descienden de los viñedos
por las vertientes más rápidas;
las espirales de humo
en los lagares, delatan,
que ya las hembras encienden
el hogar y que preparan
el desayuno: la vida
ya por doquier se engalana
con sus galas más espléndidas.

En la venta que al que pasa
brinda sombroso refugio,
bajo el dosel de la parra
que dos pilares sostienen,
del edificio á la entrada,
y algunos tragos, dulcísimos,
además de sombra grata;
dice Juanon el *Ventero*
al cosario de Almoraima,
y á los Curros de la *La Umbría*

con voz perezosa y lánguida.

—Lo que sus digo, que Curra
le zumbó al Curro con tanta
y tan güena puntería,
que apenas le abrió la bala
una puerta, por la puerta
se le jué á Currito al alma.

—¿Pero Curro á que había díó?

—Pos fijamente por lana
de vellón; más la cordera,
camará, sacó la garra,
y ná... que le dió un crugío
de los que curan la sarna
y er colorin coloráo.

—Entonces ¿la Curra estaba
sola?

—No, con su escopeta,
y además con su canana
y un corazón que entoavía
es más grande que una sábans.

Y en tanto Juanon les cuenta,
detalladamente, el drama,
á los Curros de *La Umbría*
y al cosario de Almoraima,
un zagal canta á le lejos
y esta es la copla que canta:

El querer de las mujeres,
no se gana con puñales,
que las mujeres se ganan
con lo que dan los panales.

SENTENCIA CUMPLIDA

—Delirio que me entonteces,
y verdugo que me matas,
por un *divé*, prenda mía,
por un *divé*, no te vayas
de mí vera; no me dejes
por probe, mira, gitana,
que si me dejas por probe,
va mi nombre, en toíta España,
á sonar más que un repique;
poique és que si tú te apartas
de mí querer, yo te juro,
que pa forrarlo de nácar,
en tu cuerpo, tan gitano,
merco, valga lo que valga,
un cuchillo, to de oro,
pa que te mueras ya jarta
de lo que er sueño te quita.

—No querrá la Virgen Santa,
que tú te metas en esas
honduras; que si llegara,

ese caso, no querrías
tú andar más torpe que andas,
cuando andas torpes, salero.

—¿Y eso que és, si se compara
con lo que pasando estoy
por mó de tí?

—Vamos, calla,
que eso será un poco menos,
chiquillo, de lo que cantan
tus labios.

—No, yo te juro
que mi única esperanza...
eres tú, y sin tí la vía
me estorba, porque me cansa
el vivir, porque me pesa
lo mismo que una montaña.

—Pero ven acá y escúchame,
¿piensas tú que con tus pláticas
y tu garbo y tus decires,
vive y se viste y se calza
una mujer? ¡Vamos, hombre,
que hay cosas!... Oye y ten calma,
y ten luz en los sentíos.
Suponte tú que te casas,
conmigo, esta misma noche,
por obra de Dios y gracia
der cura que no mos cobre
los derechos...; Pos mañana
tendríamos que tirarnos,
dambos, de cabeza, al agua,
que no se vive tan solo
de ilusiones.

—Si tú hablas
asín es porque ya ha muerto
tu querer, cómo tó *palma*
en el mundo; á tu cariño
le pusieron la mortaja,
por eso es por lo que quiere
ya mi barco izar el ancla
y largar la vela al viento
y navegar á otras playas.

—Es mu verdá lo que dices
pero ¿qué quieres que jaga?
Si asín vivir yo no pueo;
si ya, Juan, es que me faltan
las fuerzas.

—Aspera un poco,
á ver si á Dios le da lástima
de éstas mis *ducas* de muerte.

—No pueo, Juan.

—Pos si te casas
con el otro, yo te juro
que los ojos de mi cara
no se me mueren de celos,
ni se me mueren de rabia,
ni se me mueren de pena,
ni de envidia se me saltan;
que antes que ponga sus labios,
en esos tuyos de grana
otro hombre cualisquiera,
esos tus labios se cambian
de amapolas en panales.

—Qué me importa, si me espanta
más el vivir como vivo,
que morir, si es que me matas.

.
Allá va el vapor cortando
rápido con su afilada
quilla, las ondas azules,
hacia la costa africana;
y en tanto el buque surcando
va y dividiendo las aguas,
Juan, solitario y sombrío,
llena de angustias el alma,
en tanto juegan y rien
aquellos que le acompañan,
los como él sentenciados;
medio llora, medio canta,
con voz dulce, con voz triste,
con voz henchida de lágrimas:

Le cumplí mi juramento,
y ella al morir me miró,
y es su mirar un cuchillo
que llevo en el corazón.

LO DE SIEMPRE

Ni el más pálido celaje
empaña el azul del cielo:
en esa hora en que todo
en estío, bajo el fuego
del sol andaluz, dormita
y todo fulgura espléndido.

Deja Juana la costura
y desencorva su cuerpo;
se aparta con ambas manos
de las sienes los cabellos,
aún más negros que son negras
las negras alas del cuervo;
y levantándose airosa,
con lánguido movimiento,
asoma su faz morena
al balcón; ¡cuadro más lleno
de luz, no he visto en mi vida,
y si lo ví no me acuerdo!

En el balcón boleado,
que más que balcón es templo
á Flora, toda la escala,
desde el tono más intenso
al más pálido y suave,
brilla en el rico ornamento
de flores que lo embellece
y lo perfuma: el dompedro
y la rosa purpurina;
el clavel, amante regio
cantado por el poeta;
el jazmín, fragante y terso,
vencido rival del nardo;
la albahaca, verde incienso
del hogar de los humildes;
el precioso pensamiento,
que luce, de oro, esmaltadas,
las hojas de terciopelo;
y cien más, todas prendidas,
por el Divino Joyero,
entre sutiles encajes
de esmeraldas; y en el centro
Juana, la de tez morena,
y de ojos grandes y negros;
de nariz recta y flexible,
y boca que es un secreto
de marfil y de corales:
altísimo y firme el seno;
el talle tan reducido
que amaga partir el cuerpo;
alta, gentil, esplendente,
en gracioso desarreglo;
al desgaire colocado

en los hombros un pañuelo
de seda grana, y vestida
con una bata que el tiempo
hostiliza y descolora,
y entre los rizos del pelo
una flor que ya ha perdido
sus arrogancias en ellos.

—¡Cuánto tarda! cuánto tarda!
Juana, con borroso acento,
murmura; mas pronto brilla
en sus ojos un destello
de placer; el busto arquea
rápida sobre los hierros,
tronchando ramas y flores.
Con airoso contoneo
desemboca, por la esquina,
el mozo más pinturero
del barrio, el más arrogante.
el más juncal y completo,
y al llegar cerca de Juana,
se quita, el mozo, el sombrero,
y con voz que es un arrullo,
y una caricia, y un ruego
le dice:

—Una limosnita,
deme usted, que yo no tengo
quien me quiera ya en el mundo.

—Yo estoy muy mal de dineros,
hermanito; la *Alcazaba*
no me da rentas, ni el perro
de San Roque, y vivo solo
del terral.

—Si yo no quiero
más que una flor, la que tiene
usté, mi prenda, en el pelo,
y que al venir esta noche,
usté se asome corriendo
y oiga lo que yo le diga
y me diga usté que bueno,
para que desde esta noche,
el traje me venga estrecho,
y me nazcan alelíos
en el corazón, y en sueños
me besen los angelitos.

—Me parecen muchos besos
y mucho el que yo me asome.

—Asómese usté, que tengo
llorando, gotas de sangre,
el corazón en el pecho.
Deme usté lo que le pido.

—Más tarde.

—¿Cuándo?

—Pues luego,
cuando vuelva y yo me asome,
si es que me asomo.

—Me pego
la mar de tiros, señora,
si no.

—¡Por Dios, caballero,
no me dé usté tan mal rato,
porque si usté hiciera eso,
que iba á ser de mí en el mundo!
Mas póngase usté el sombrero,
que va á darle un tabardillo.

—Yo siempre estoy descubierto

delante de la Pastora.

—Muchas gracias.

—¿Conque vuelvo?

—Vuelva usted, si ese es su gusto.

—¡Pues no lo ha de ser, ¡salero!

Puede usted, si no volviera,
jurar que Antonio se ha muerto
de la alegría, señora,
que llena mi pensamiento.

Y cual si bañado fuese
en sol, por fuera y por dentro,
se aleja con faz radiante,
el mozo más pinturero
del barrio, el más arrogante,
y el más juncal y completo.

PENAS HONDAS

Despacio, despacio,
se fué al cementerio;
todo era allí calma,
tristeza y silencio;
llenaba la tarde
la tierra y el cielo
de luz melancólica,
y apenas el céfiro
agitaba los sauces que brindan
su sombra á los muertos.

Despacio, despacio,
cual rendido al peso
de tantas angustias
y tantos recuerdos
como le vestían
el alma de negro;
por entre cipreses

y entre mausoleos,
llegó al patio de zanjas,—altares,
de flores, cubiertos.—

Delante de una
detúvose trémulo
y anegado en lágrimas;
quitóse el sombrero;
más que arrodillarse
tiróse en el suelo,
y exclamó con triste,
quejumbroso acento:
«¡Ay, mi prenda gitana, qué *ducas*,
qué *ducas* que tengo!

¡Qué *ducas* tan grandes!
saber que ya es menos
que ná, tu presona;
tus ojos—luceros—
tus labios—claveles,—
tu mata de pelo
más negra, entoavía,
que el ala del cuervo,
y tus manos y pies más rechicos
que flores de armendros!

Sin ti ya, mi niña,
¡qué solo me encuentro!
Las noches enteras
me paso sin sueño,
llorando penitas
de muerte, y pidiendo,
á Dios, que me traiga

contigo al momento;
¡contigo pa siempre, reliquia de plata,
rosita del huerto!

¡De estarme á tu vera
qué ganas que tengo!
De estarme á tu lao,
mu junto á tu cuerpo;
contándote toas
las penas que siento;
teniéndote siempre,
como en otro tiempo,
la carita gitana y morena
¡artica de besos. »

.....

A poco, despacio,
y en llanto deshecho,
el triste alejóse...
Turbando el silencio
sonó la campana,
y en el cementerio,
á poco, la luna,
vestía de reflejos,
de los sauces, las ramas, que brindan
su sombra á los muertos.

LA BAILADORA ANDALUZA

Contemplad de mi barrio
la bayadera,
á la luz de la tarde
que ya declina;
es oscura y luciente
su cabellera
y son negros sus ojos
como la endrina.

De su faz, el enérgico
perfil delata,
de su cuna el origen
casi gitano;
es del *Perchel* famoso
la flor y nata
cuando las castañuelas
tiene en la mano.

Luce entre los cabellos
las más preciadas
rosas que al sol abrieran
en sus rosales,
y adorna sus orejas,
con arracadas,
de labor, primorosa,
de oro y corales.

A su busto marmóreo
lleva ceñido,
un mantón de Manila
que es un paisaje
oriental, por sus tonos,
y es su vestido
de percal arrasado,
lleno de encaje.

Diminuto zapato
bajo, de cuero,
que ver deja la media
tirante y fina,
guarda un pie, que es tan breve,
que el prisionero
se hace casi invisible
cuando camina.

En los brazos desnudos
de tez morena,
brillan ajorcas dignas
de una sultana;
y pendiente, en el cuello,
de una cadena,

una cruz, que es un dije
de filigrana.

* * *

La guitarra hace un mozo
gemir sonora,
y al lánguido conjuro
de su armonía,
á templarse comienza
la cantadora,
¡ruiseñor de los barrios
de Andalucía!

Se alza la bailadora
como una almea,
la elástica cintura
cimbra, suave;
sobre su faz los brazos
gentil arquea,
y parece que al vuelo
se apresta un ave.

Mirad cómo consigue,
fascinadora,
hacer que de su cuerpo
las inflexiones,
ora finjan el loco
vértigo, y ora
del placer las más dulces
enervaciones.

Ved cuál rima bailando
cuanto desea,

cómo sentir nos hace
cuanto simula,
y al par que los palillos
repiquetea,
bulle, gira, se encoge,
salta y ondula.

Y ved el escenario,
ved la serena
mar, azul como el cielo,
donde fulgura
el sol, y ved el valle,
que hasta en la arena
de las playas extiende
su vestidura.

Y bebiendo á raudales
la abrasadora
brisa de la africana
costa vecina,
admirad de mi barrio
la bayadera,
á la luz de la tarde,
que la ilumina.

ORO DE LEY

—Mira tú—dícele á Paco
el *Piri*, Pepe el *Signela*,
en el hondilón el *Vértigo*,
á la vez que paladea
un *crystal* del de Montilla;
los codos sobre la mesa,
y atrás el amplio *paveo*,
con acento de cadencias
juveniles.—¿Quieés dicirme
que es lo que tanto te apesta,
pa tener tal como tienes
el perfil?

—¡Qué quieés que tenga!
el alma jechíta cisco
y er corazón jecho yesca
y to er pecho furmínante.
—Pos di tú que cualisquiera
te arrima un misto ¡salero!

—Mira tú, Paco, ó te dejas de *chufas*, ó ahora mesmito me largo y pierdes la cuenta de to er tiempo que sin verme vas á estar.

—¿Pero quisieras dicitirme qué es lo que ocurre?

—Pos na cuasi, que una jembra me ha recetao los *Santolios*, pa los agrios.

—Y esa prenda, no fué la que á tí te puso en el precipicio?

—Ella

fué la que me pidió echarme, como un valiente, á la arena; porque como según dice ella nació pa torera, pos velay tú; pero ahora, al verme ya con la trenza me ha daído el desengaño.

—Pos pa mí es fijo, que esa *gachí* anda de tonteo con Joseito el *Canela*.

—Ya lo sé, ya sé que es ese; pero el día en que lo vean mis ojos en su ventana, ese día en Antequera va á sonar el estrupicio.

—Esas cosas se desprecian, que hay, camará, más mujeres que cocos en las lentejas, y, sobre tó, que en cuantito

á tí esa *gachí* te vea
con el percal en la mano,
ese día...

—¿Tú te piensas
que soy yo solo el que puée
meterse en esas faenas?
Pos estás dequivocao,
camarál y pa que tú veas
como las cosas der mundo
se vienen, ¿á que no aciertas
tú, quien es el que el domingo
conmigo alterna?

—Er *Veleta*,
ú el *Coquina*, ú el *Charrata*,
ú el *Pollo de Bizcotela*.

—Pos estás dequivocao,
que el que va á ser mi pareja
es José, ¡pa que te enteres!

—Pero si ese ni en viñetas
ha visto un toro y no sabe
torear; si ese le deja
hasta á las vacas de leche,
en las calles, las aceras.

—Ya lo sé, y pa mí que eso
ha sío una desigencia
de esa *gachí*, y que él se cree
que es igual cojer la lezna
que el estoque.

—Pos, chiquillo,
si tú el domingo tuvieras
de cara el santo, vería
la Lola, la diferencia

que hay entre tú y entre ese pamplinoso.

—¡Si no fuera porque, según me han dicho, los seis bichos que mos echan son seis élefantes...!

—Mira, vámonos ya pa la feria del *Molinillo*, que dicen que está aquello que jumea de güenas mozas.

—Pos vámonos y que le den al que tenga la culpa de que yo pene, cuatro puñalás gemelas, dende la ingle al sobaco, y toas las cuatro *traperas*.

Y ambos mozos se levantan, arrojan varias monedas, de las que ladran, al mozo, al levantarse, en la mesa; se cojen del brazo, hacen una gentil reverencia á los demás parroquianos y á la gentil tabernera, y andando rítmicamente salen ambos á la puerta del hondilón, y con pasos siempre rítmicos, se alejan del hondilón más famoso del barrio de la *Goleta*, dos de los mozos más ternes de mi Málaga la bella.

II

—Que un *divé* bendiga, niña—
dice Pepe con voz llena
de amartelados arrullos—
la *gachí* más retrechera,
la *gachí* más regraciosa,
la *gachí* más rebien jecha,
la *gachí* más rebonita,
la *gachí* más pinturera,
la *gachí* más...

—Vamos hombre,
que voy á perder la cuenta
de las cosas que usted dice.
—Es que á mí, mirando esa
carita tan recharrana,
y esas dos, de las estrellas,
las más bonitas, que tiene
usted en la cara, las venas
se me achicharran.

—¡De jurol
y pa mentir, que se mienta
con toas las de la ley,
como usted.

—A mi no me ofenda
usted, porque lo que digo
yo es la *chipé*, y si no fuera
porque yo creo que mu pronto
he de estar en la veleta

de la torre á que yo quiero
subir, pos ya yo me hubiera
muerto de *ducas*.

—Si fuese

eso tal y como suena,
me jaría usté D. Pepe
ahora mismo una promesa.

—¿Una no más? Diez millones
de millones, manque sea
que pegue un brinco y le traiga
metía en la faltriquera,
como un ricuerdo, la luna.

—No quiero yo que usté tenga
que dir tan lejos, la cosa
que yo quiero está más cerca;
que yo tan solo le pío
que si es verdá que me aprecia
usté tanto como dice,
se corte usté la coleta,
que solo por curpa mía
se ha dejao, manque tenga
que volver á los zapatos.

—¿Y usté quiée que no me meta
yo á torero? ¡vamos, hombre!
si eso es peir que no sea
sol el sol, ni vino el vino,
ni la candela candela;
si dende que usté me dijo,
camará, lo de la güena
ventura, soy más torero
que toitos los que torear;
si es que sueño con casarme
enseguía, y con tenerla

á usted como se merece,
como en la concha la perla,
y en el rosal el capullo
y en er cielo las estrellas,
y la tórtola en su nío;
como que quiero que sea
usted la envidia de toas
las mujeres, y que tenga
usted más coches que anillos,
y más anillos que arenas
tiene la mar.

—Me parece
mucho tener.

—Es que rentan
mucho los toros, salero;
es que el que tiene vergüenza
y arranque y *pesqui* y *pinvrees*
y sabe donde le apríeta
el calzapollo, ese gana
los *chuscos* como si fueran
ajojoli: pero es tanto
lo que mí pecho *currela*
esa carita charrana,
que si á mí usted me pusiera
por condición pa quererme
que me cortara la trenza,
¡abajo los cuatro pelos!
y si es que usted me lo ordena,
ya estoy rompiendo el contrato
que le he firmao á la empresa.
—No... yo no quiero tampoco
que usted falte á sus promesas...
y si se ha comprometío

usté ya... las malas lenguas
pudieran decir que ha sio
por miedo y yo no quisiera
que por mó de mí las gentes...

—A mí lo que me interesa
es darle gusto á esos ojos
y á esa carita morena.

—Muchas gracias, Pepe, pero
no quiero que nadie puea
decir que usté por mi causa
ha hipotecao la... chaqueta
y además los pantalones;
más por Dios que si torea
usté, por fin, el domingo
que viene, Pepe, que tenga
usté la mar de cudiao;
porque estoy que no me llega
la camisa al cuerpo.

—¡Tonta
que ella es! ¡quien estuviera
en su lugar!

—Vamos, hombre,
déjese de *cuchufletas*
que no está pa tiza el taco.

—Vamos, salero, no tenga
usté cudiao ninguno;
y usté el domingo me espera,
por la noche en la ventana,
en esta mismíta, y crea,
si no vengo, que me ha dao
argún guason la voleta
pa *San Miguel*.

—¡Ay Dios míol

¡que un *divé* no lo consienta
ni nuestra Virgen del Carmen!
—Esa es mi mejor defensa,
que siempre la llevo al cuello,
velando por mí, y si vela
por mí el domingo que viene,
va usted á matar á las jembras
de más cartel y tronío,
que ha puesto Dios en la tierra,
pa martirio de los hombres,
de envidias y de *celerías*.

III

Fulge el mar que mansamente
con su espuma festonea
el playazo; allá á lo lejos
surcan las barcas de pesca
las ondas, dando á la brisa
sus blancas latinas velas;
en tanto en el varadero
las miran sus compañeras,
con los ojos que pintaran,
en sus proas, poco diestras
manos, y hunde el jabegote
su recia planta, en la arena,
sudoroso y jadeante;
de un ventorrillo en la puerta;
de un alegre ventorrillo
próximo á la carretera

del *Valle de los Galanes*,
y á la sombra que proyecta
un viejo parral, sentados
frente á frente, la cabeza
destocada, los chalecos
entreabiertos y entreabiertas
las camisas, Paco el *Litri*
le dice á Pepe el *Canela*:

—Con que por fin el domingo,
sigún dicen, te escabechan
de una corná?

—Allá veremos
tal y como caen las pesas,
el domingo, si Dios quiere.

—Pero *chavó*, ¿tú te piensas
que el ser torero, es lo mismo
que jugar á la *carteta*?
tú no sabes que los toros
embisten?

—No jace fecha,
camará, que yo se de eso!
Pero es que tu no te acuerdas
ya de cuando dambos díbamos,
en vez de dir á la escuela,
al *Legio* ú al *Morlaco*,
con el *Pringue* y con el *Pella*
y el *Tururú* y el *Canique*
y Periquillo el *Trompeta*,
á ensayarnos pa toreros?
pero es que tú no ricuerdas
aquel tiempo?

—¡Pos dejuero!
pero es, camará, que aquellas

no eran de las de Miura,
ni de las de Benjumea,
ni eran de las de Muruve.
—Es que por poco se empieza,
y yo dende aquel entonces
encomencé la pelea
y al morirse me mi *vato*,
y al verme con la miseria
sentá á la verita mía
como la probe *sundela*
tan mal, me metí á torero
y una tarde, en Grazaema
me vió trabajar el *Tano*
y me dijo que yo era
un torero; pero á poco
me dió una corná, en Estepa,
un cornigacho, albardao;
y como mi probe vieja
por poco *palma* del susto,
pos ná, me corté la trenza
y me metí á zapatero:
pero ahora que, por mi negra
suerte, me encuentro más solo,
que, en el campo, una parmera,
¡pos velay tú!...

—Pero entonces,
¿no es verdá que es una jembra
más rebonita que un cromo,
la que jace que tú güervas
á torear?

—¡Quita hombre!
esa *gachí* á mí me apesta,
esa *gachí* que tú dices

me echó sal en la mollera
 la primer vez que la vide,
 que apenas me arrimé á ella
 lo primero que me dijo
 fué que el que á ella la quisiera
 había de ser un Curro

Cúchares.

—Tú no escarmientas,
 camará, es que tú has nacio
 pa pasarte la existencia,
 cuando no *tangos, tarantas*
 y cuando nó, *carceletras,*
 porque es que yo no me explico
 el que estando tú por Pepa
 la *Chilindro* tan reloco
 como estás...

—Mira tú, esa
 es la única que en mí manda,
 la que me quiere de veras;
 pero como el día que pueo
 pegar, con ella, la hebra,
 le ponen, al alma mía,
 el cuerpo que es una pena,
 porque su *vato* no tiene
 precio pa ser de una recua
 el liviano, pos ¡de juro,
 yo pa que el *vato* se crea
 que están ya nuestros quereles,
 como los muertos que entierran,
 pos ná... le tiro *la goma*
de limón, á la primera
 que se me pone delante
 y si peta porque peta

y si es que no ha petao
porque nó, pos ná, la cuenta
á mí me sale lo mismo,
porque lo que me interesa
á mi es que naide le jurgue
el cuerpo á la que me llena
el corazón de alegrías,
porque es que en cuanto tenga
yo unos cuantos entorchaos
y unas cuantas charreteras,
ya verás tú, entonces, como
el *vato* jasta me lleva
un *tres con tres*, cuando vaya
de paseo: y pa que veas
tú lo que son las mujeres
y la mucha diferencia
que hay entre la que mos mira
por dentro y la que por fuera
mos mira, desde el instante
que me dejé la coleta,
Lola me mira riendo,
en tanto y cuanto la Pepa,
se dá cá pechá de llanto
que se le caen las cenefas,
diciéndome que no quiere
que sea torero, que ella
me quiere á mi tal cual soy,
con toítas mis boqueras
y toítos mis zurcíos.
—Y entonces ¿porque te empeñas
en torear?

—Que gracioso!
¿porqué querrás tu que sea?

porque estoy ya mu jartico
de palas y media suelas,
de renovar brodequines,
de comer sopas de almejas,
de fumar siempre *Henri Clay*,
de nunca, si se presenta
gastar un *chusco*, gastarmelo;
de tener la guayabera,
llena de ventilaores;
los carzones con más piezas
que er verano sarpullio,
y en fin de pasar carencias,
¿sabes tú? y como yo tengo
la vestiura completa,
pos cuando Lola me dijo
lo que ya sabes, apenas
me lo dijo, yo me dije:
—Mía, Pepillo, no estuviera
eso del tó esaborío;
y pasé la noche en vela
y á la mañana siguiente,
fué mi visita primera
pa mi compadre, que tiene
mucha mano con la empresa
y ná... que el domingo alterno
con el *Piri*.

—Y quien te empresta
el terno?

—Pos el *Pulio*,
al que le vino de herencia
de un tío banderillero,
al que mataron, en Tebas,
unos cuantos caracoles,

y unos *lisos* de solera,
y una *gacht* con cá ojo
como un puente.

—Pos Dios quiera
que sargas bien. Y oye ¿entonces
que vas á jacer con Pepa,
si es que sales bien?

—¡Primores!

Y gozando de la fresca
brisa de la tarde, siguen,
en conversación amena,
ambos amigos, en tanto
del jabegote resuena
el alegre clamoreo,
al mirar como, en espléndida
compensación, les concede
el mar, las redes tan llenas,
que amenazan con romperse
y en las que plata semeja
el pescado prisionero
que se retuerse en la arena

IV

Lo mismo en palcos que en gradas
que en los tendidos de piedra,
con estrépito sonoro,
la multitud bulle inquieta:
en *el sol* que una esplendente

rica alcatifa remeda,
brillan grandes abanicos
de papel que más semejan
quitasoles: el ejército
pone las notas intensas
de sus rojos pantalones,
y al mismo tiempo las hembras,
las de las flores prendidas
en sus ricas cabelleras,
y las de sus pañolones
de crespón.

En torno de ellas
bullen, en tropel, los zánganos,
cual de fragantes colmenas
en torno, luciendo, airosos,
típicas galas, emblemas
que amamos los que aún rendimos
culto á las, que ya se alejan,
costumbres de Andalucía.
Con plácida, con risueña
expresión, la gente grave,
la que pegada se deja
la piel al duro trabajo,
fatigoso, se recrea
en dar un punto al olvido
la tan fatigosa brega
de su vivir, ayudada
por la tan oronda y tersa
bota, que empinan gozosos
y la sabrosa merienda
que sazona la alegría,
que desborda por doquiera
en cien donosos decires.

Ya en la parte á la que niega,
el sol, sus rayos, parece
palidecer la paleta,
en tanto en palcos y gradas
su luz ardiente destellan,
cual astros, anchas pupilas,
entre morillas que besan
rostros que flores parecen:
los vendedores vocean,
acá y acullá, vendiendo
sus chucherías; resuenan
las notas con que los músicos
se ensayan; fulge la arena,
húmeda, como una limpia,
enormísima rodela;
terminar las discusiones
amenazan en reyertas;
los del orden encargados,
circulan entre barreras
y en fin todo es luz y vida,
vida ardiente, vida llena
de luz y color y estrépito
y Lola se yergue espléndida,
típica y graciosamente
acicalada y desdeña,
en actitud arrogante,
á los mozos que requiebran
sus negros ojos rasgados,
su negrísima guedeja
y sus labios purpurinos.

Asoma en la presidencia
el que preside y haciendo

la señal que al punto aquieta
la muchedumbre, se abre
por fin del corral la puerta,
y salen los alguaciles
que lucen ropilla negra,
y emplumado los chambergos,
y al punto el espacio atruenan
gritos, aplausos y vítores,
al mirar la gentileza
de los bravos lidiadores
que avanzan; como preseas
de oro y de plata y de raso,
brillan; terciado, á la izquierda,
airosamente el capote
de lujo, todo de seda,
con los recamos de oro,
en los que el sol centellea
rutilante; tras los diestros,
todos ellos en correcta
formación y colocados
en dos líneas paralelas,
aparecen los peones
que á los espadas remedan
en el vestir y en lo airoso
de su andar, á las cadencias
de la música; tras ellos,
de sus monturas refrenan
el paso, los picadores,
defendida la cabeza
por el blanco castoreño
y defendida la pierna
por la *mona* que de ante
toda aparece cubierta

y la rica taleguilla
bordada de lentejuelas:
detras los mozos de plaza,
con sus rojas chamarretas
y azules los pantalones
y tras ellos las acémilas
que adornadas con madroños
de colores, y colleras,
arrastrar deben, en breve,
por la ensangrentada arena,
al fiero y astado bruto,
ya vencido en la contienda.

*
* *

Ya se inclina la cuadrilla
en airosa reverencia
ante el presidente; pronto
las filas se desordenan
y es un punto un remolino
de oro y raso y plata y seda;
cambian todos los capotes
de lujo por los de brega
y aquellos, los más amigos
de los espadas, los cuelgan,
á modo de colgaduras
en las vallas: se alinean
los picadores en torno
del *anillo* y en apuestas
actitudes, los peones,
el toro aguardan: conversan
los diestros, desde el estribo,
con sus amigos; resuena

de nuevo el clarín, se abre
el toril y se presenta
en el ruedo, un *albardao*
de libras y de soberbia
estampa, el cual se detiene
un punto y un punto observa,
retador y tembloroso
y con la cerviz enhiesta,
la brillante perspectiva
que lo deslumbra y lo ciega
y de pronto al ver delante
de él á un peón que lo reta
con el capote extendido,
torna á emprender la carrera,
como un huracán, dejando
la arena al punto desierta
y

—¿No hay nadie que le pare
á ese automóvi las rueas?
grita uno.

Paco el *Piri*,
se aparta de la barrera
y se adelanta hacia el toro
y

—Ese va á aguarnos la fiesta,
dice uno de los mozos
al ver como el *Piri* intenta
pararle los pies al bicho,
y cuan torpemente entra
en los terrenos del toro
el cual en breve voltea
al *Piri* y

—¡Olé los hombres!

gritan al ver, cuan serena
la faz y cuan sonriente,
el otro diestro se acerca,
rápido, al toro, lo empapa
en el trapo y se lo lleva
del redondel á otro extremo.

Al punto el público premia,
á Pepe, con sus aplausos
y en vano ocultar intenta
el *Piri* su hondo despecho
no obstante lo cual estrecha
la mano á su contrincante.
En aquel momento acepta,
de uno de los picadores,
el reto, la astada fiera,
y contra él arremete
y un punto, la fortaleza
del picador, el empuje
para del toro y en piedra
tallado el grupo un instante
parece, más pronto ceja
el picador y avanzando
hunde el toro hasta la cepa,
en el vientre del caballo
el asta, y ya sin defensa
rueda el jinete ante el bruto,
el cual mirándolo deja
al caballo que ya expira,
mostrando la amarillenta
dentadura y arremete
contra él, y la tragedia
allí su semblante lívido

asoma, y se yergue inquieta
la multitud, cuando, rápido,
como un relámpago, llega
Pepe, y sereno, y artístico
y valiente, y de destreza
todo un derroche, consigue
llevarse el toro á la opuesta
parte de la plaza: el público
galardona la guapeza
y habilidad del torero
y en tanto que el *Pipi* eleva
la vista al azul con torva
expresión, de gozo trémula,
velar no puede Dolores
el placer que la enagena.

* * *

Pepe parece una estatua
¡cuan gracil, bizarra y suelta
es su arrogante figural
¡cuan lleno de complacencia,
apenas lo pide el público,
coje los *palos*; se llena
el espacio de armonías;
la multitud sigue atenta
los menores movimientos
del torero que cimbreo,
gentilmente, la cintura
y avanzando con suprema
elegancia, se detiene
delante del toro, eleva
los brazos, se adorna, cita

y vuelve á avanzar y quiebra
casi en la cuna del toro
y al quebrar, rápido, deja,
como en un alfiletero,
las banderillas, en ella.
De nuevo la gente grita
entusiasmada, resuena
de nuevo el clarín sonoro,
y el estoque y la muleta
coje Pepe y se dirige
al pié de la Presidencia
y en la actitud más bizarra,
en la más airosa y suelta,
en una mano la flámula
y en la otra la montera,
brinda la muerte del toro
y se vá al toro, y comienza
fresco, impávido y valiente,
los pies clavados en tierra,
á muletear al toro,
y en su mano es la muleta,
más que muleta, un prodigio
de purpura, que marea,
y rinde y burla al astado
bruto, que en vano se empeña
en coger al que lo burla
y lo aturde, y ya de fuerzas
falto, un punto, se detiene
inmóvil, entonces pliega
Pepe el raso, se perfila
lo mismo que si estuviera
retratándose; á su Virgen
del Carmen, se recomienda,

y valiente, tan valiente
como está sereno, entra
á matar; el limpio acero
siniestro relampaguea,
crugen las carnes del bruto,
y

—¡En las mismísimas péndolas!
grita el público; un instante
el bruto se bambolea
y por fin cae desplomado
y al punto el espacio pueblan
trombones y bombardinos,
flautines y panderetas,
de triunfales armonías
que los que al par vitorean
al lidiador, ahogan casi
con sus vítores; la arena,
de cigarros y sombreros,
se cubre casi, la vuelta
dá el diestro á la plaza ébrio
de orgullo; á la res ya muerta
y á los caballos, arrastran
las poderosas acemilas,
al restallar de los látigos;
y Dolores tiene impresa
en su faz la honda alegría
que de ella se enseñoera,
y con mirada radiante
de orgullo á Pepe contempla,
en tanto que Paco el *Piri*,
aunque á hurtadillas, la observa
con la faz tan amarilla
como el panal de la cera.

V

Ya, por fin, murmura Pepe,
que en recordar se embelesa
su triunfo, de aquí pa alante
se arremataron mis penas;
ya vendrán en busca mía
como quien busca candela,
los empresarios: los hombres
me rifarán y las jembras
de más cartel y tronío
me darán en hipoteca
el corazón: en la calle
tó er mundo cuando me vea
se me queará mirando
lo mismito que si fuera
yo la *Caramanchimay*,
y en España y en América
se sabrán tos de corrío
como Pepillo se peina,
como Pepillo se viste,
como Pepillo pasea,
como la caspa se quita,
qué come, como le sientan
los jureles, quien fué el cura
que le mojó la mollera,
quien le tiró de las patas,
quien fué la que le dió teta
y me veré retratao

de toftas las maneras:
Pepillo en su invernadero,
Pepillo en su biblioteca,
Pepillo en bata, Pepillo
montao en su bicicleta;
Pepillo tomando *wiski*
en vez de tomar *solera*
porque el vino no lo beben
ya na más que los maletas,
y tendré siete cortijos,
y me vestiré á la inglesa
con bimba y foque y botines,
y si á Pepillo lo entierran
pos pondrán á media asta
en toas partes la bandera.
Y entretanto que Pepillo
en meditar se recrea
en el porvenir, el *Piri*
con su amigo en la taberna
dícele:

—Mia Pepillo
que ha sío mi suerte perra
esta tarde.

—Pos yo creo,
Paco—el otro le contesta—
que nadie más que tú tiée
la curpa y que si te quejas
es sin razón, que esta tarde
te han tocao tres biscotelas,
tres buñuelos, tres catites,
tres mantecaos de Estepa,
tres guindas en aguardiente,
tres coquinas.

—Tres... caicetas,
exclama iracundo el *Piri*,
pos si el primerito era
un criminá.

—No, Paquillo,
que, hablándote con franqueza,
es que tú crees que los toros
se deben matar por señas
y eso no puée ser, Paquillo.

—Tu de toros no *chanelas*
ná ¿tú sabes? Yo esta tarde,
si hubiese alzado la cabeza
Cúchares, ya el te diría
quien tiée más sangre torera
si soy yo ú si es Pepillo,
que tó el que tiée experiencia
y tiée tarto y tiée pupila,
no se carga la faena
que se ha cargao el Pepillo,
que no sabe tan siquiera
ni escupir.

—¡Que disparatel
el torero que se precia
de manejar bien la flámula
y el estoque, y tiée vergüenza
y pundonor, ese hombre
se larga si es que atorea
aquí, pus pongo por caso,
á Alicante ú Cartagena,
y dende allí pone un parte
urgente á la benemérta
pa que le den cuatro tiros
al toro.

— ¡Mardita sea
la mar! hombre que contigo
siempre el que es serio la lleva
pirdía: yo á tí te digo,
que yo vargo setecientas
veces mas que vale Pepe
y te digo, si me aprietas
que cien veces más que el *Gallo*,
y dos veces más que el *Guerra*.

VI

Su luz derrama la luna
como una caricia argétea;
huyéndole el vecindario
al calor de sus viviendas,
en animados corrillos
y por disfrutar la fresca
brisa de la noche, invade
la plaza; algunas parejas
acá y acullá, repiten,
con monótona insistencia,
quedamente, dulcemente,
la divina cantilena
del amor; en su ventana
Araceli, en tanto espera
á Pepillo, dulcemente,
lánguidamente, se deja
columpiar en el columpio
de la dicha con que sueña,

de la dicha tan cercana,
de la dicha que la besa,
de la dicha que su espíritu
envuelve en mágicas telas,
de ilusiones recamadas.
Y su alma se embelesa
en evocar del torero
la figura. ¡Cuan esbelta,
cuan airosa, cuan gallarda
cuan juvenil se presenta
á sus ojos, sonriente
la visión que la enagena:
¡cuan es dulce y sugestivo
su mirar! cuan bien le sienta
el rico terno de luces!
cuan bien le cae la montera!
cuantas y cuantas mujeres
llorarán de envidia al verla
del brazo del gran torero,
con sus vestidos de seda
y sus mantones riquísimos,
y sus collares de perlas
y diamantes.

La campana
de la torre de la iglesia
dan las diez.

Sin duda Pepe
debe estar en la taberna
con sus amigos, más poco
debe tardar.

Da la media
la campana, y Araceli
se levanta; su impaciencia

tiene algo de calentura

.
Pero, Señor, ¡como vuela
el tiempo! Suenan las once
y Araceli las maderas
entorna de la ventana

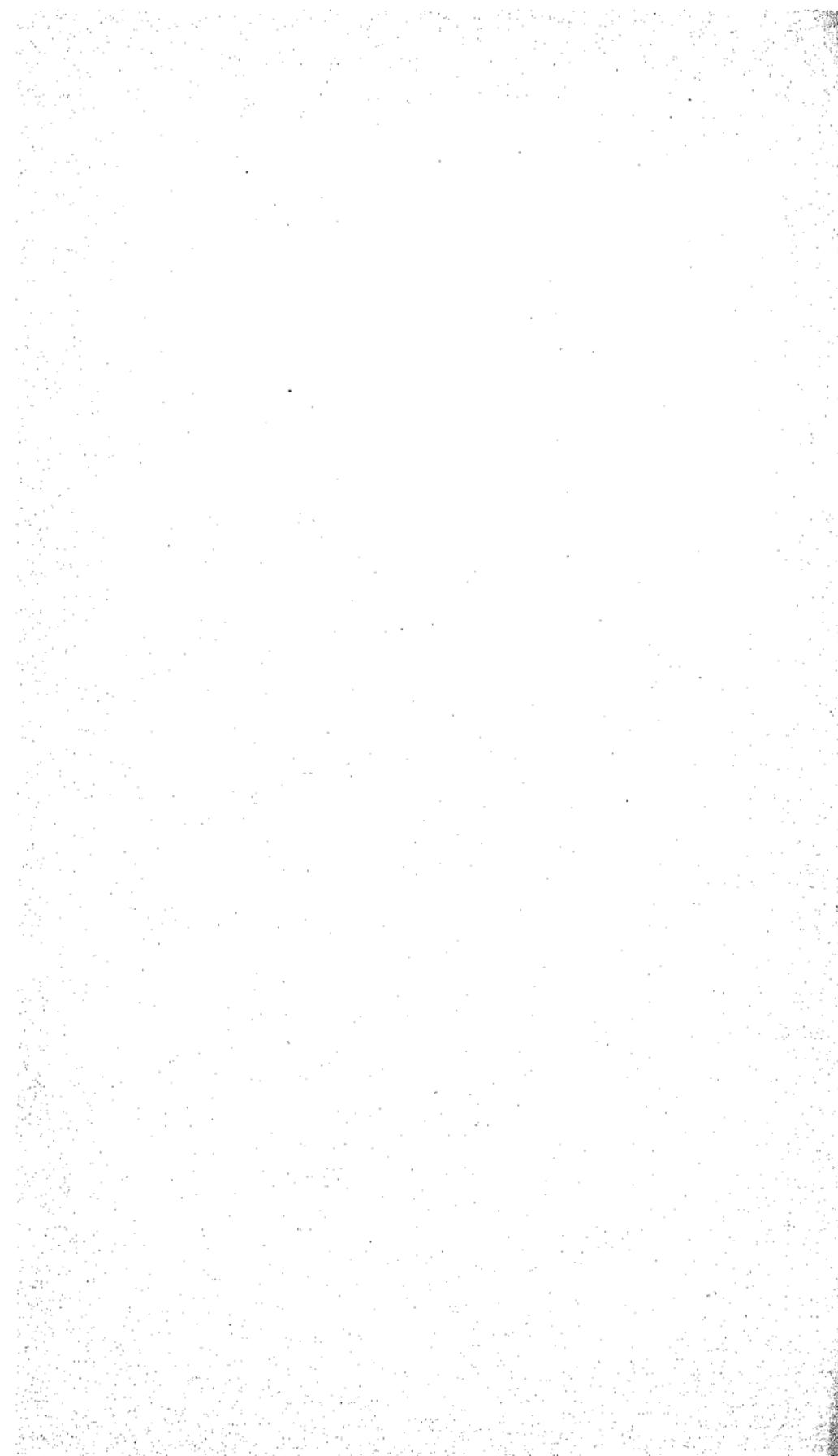
.
ya los vecinos empiezan
á retirarse. ¡Que angustia
y que inquietud se apoderan
del corazón de Araceli!
parece que se le huela
el corazón, poco á poco...

.
Ya está la plaza desierta.
Sin duda que ha traicionao
el vino á Pepillo... Suenan
las doce. ¡Virgen Santísima!
que nochecita de prueba
que la suerte ha deparado
á Araceli...! por la cuesta
de la *Coracha* alguien sube;
lentos sus pasos resuenan
de la noche en el silencio...
¡como la sangre acelera
su latir... sí será Pepe
el que sube... ya está cerca...
pero nó, no es Pepe, es Paco,
el hijo de la casera,
el desdefiado cien veces
por Araceli, que llega
á la reja y deteniéndose

al ver como esquivaba aquella
ser vista.

—Vamos—le dice
con voz irónica y llena
de zumbas—no hay que esconderse
de mi presonita, y crea
usté, que, á poder, salero
yo por ver á usté contenta
jaría muchos primores,
y que fuese usté la yueca
de los pollos de Pepillo,
y que si al pasar me hubiera
sío posible arrancarlo
de aonde está, que es en la reja,
de Pepíta la *Chilindro*,
que es la *gachí* por quien pena
ese *gachó*, me lo traigo
yo aquí manque eso me hubiera
dao un puñao de esazones.

.
Y ¡adiós ilusiones pérfidas,
adiós efímeros goces
y esperanzas lisongeras!
cuan honda, cuan tristemente
llora Araceli sus muertas
ilusiones, reclinada
en los hierros que la yedra
viste de verdor y viste
la luna de luz argéntea.



EL CONTRABANDISTA

Ginete en su pujante
yegüa alazana,
á la luz misteriosa
que anuncia el día,
entonando una dulce
canción gitana,
va cruzando valiente
la serranía.

Ceñido á la cabeza
y atrás atado,
de arabescos dibujos,
lleva un pañuelo,
y hacia la sien izquierda
con gracia echado
el calañés brillante
de terciopelo.

Todo lo que en sí ostenta
vale un tesoro,

marsellés adornado
con alamares;
jubetin con lucientes
broches de oro,
que abrillantan las tintas
crepusculares.

Tersa faja de raso
color de grana;
camisón con chorreras
de fino encaje;
azulado y ceñido
calzón de pana,
y polainas con flecos
de correaje.

Del arzón suspendida,
corta escopeta,
que un juguete parece
de roble y plata;
con la cual, temerario
tranquilo reta
el peligro y defiende
su vida ingrata.

Es su yegüa arrogante
la más briosa
que recorre los campos
de Andalucía;
y es la manta que luce
tan primorosa,
que su urdimbre parece
de sedería.

Avanza con gallardo
trote ligero.
trote que ningún otro
corcel iguala,
y al caminar se antoja
que del mosquero,
los borlones, claveles
son de bengala.

De brocado parece
la baticola;
y la cincha de raso
de cien colores,
y con lazos prendida
lleva la cola,
y adornada las crines
lleva con flores.

Y camina la yegua
y el mozo sigue
cantando con amante
monotonía,
sin pensar si la gente
que lo persigue,
regará con su sangre
la serranía.

Y allá va presuroso
de amor henchido,
por llegar al poblado
con la mañana,
allí donde le espera
su hogar querido

y en su hogar las caricias
de su serrana.

Y arrostrando la muerte
va solitario,
sin temor, pues no sabe
que son temores;
pues su vida defiende
su relicario,
donde lleva la Virgen
de los Dolores.

LA CASTAÑERA

Llegó ya el invierno
vestido de nieblas,
y vientos y lluvias;
llegó, y ya en mi puerta
coloca su hornillo
su silla y su mesa,
y el farol que la alumbra, la alegre
gentil castañera.

Gitana es, gitana
graciosa y esbelta;
de raso parece
su cara morena;
son rojos sus labios,
sus labios que muestran
cual en ricos engarces de grana
dos hilos de perlas.

Sus lánguidos ojos
parece que llenan

de luz cuanto miran;
luce en la guedeja
sedosa y brillante,
flores y peinetas;
y en el cuello, un collar de abalorios
de múltiples vueltas.

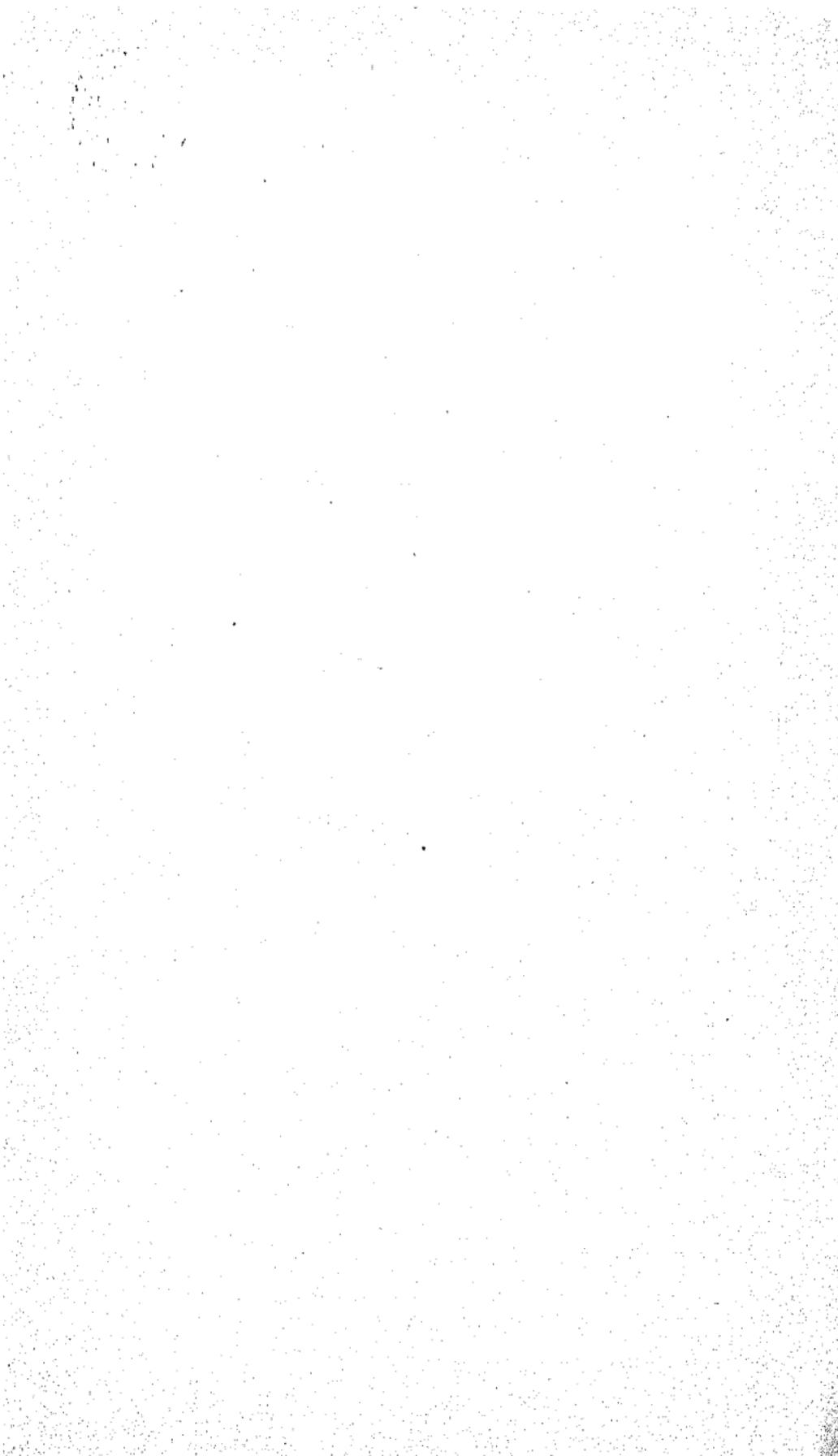
Grandes arracadas
luce en las orejas,
purpúreo pañuelo,
de crespón de seda
y flecos larguísimos
su busto moldea,
su busto arrogante, en donde el que pasa
los ojos recrea.

De metal dorado
brillantes pulseras,
que ajorcas parecen,
ciñen sus muñecas;
y su limpia falda,
plegándose, deja
ver los pies, dos primores que encienden
la sangre en las venas.

Y lleno de orgullo
de pié junto á ella,
está su gitano,
luciendo su enérgica
viril hermosura;
su hirsuta melena
y sus ojos ardientes, henchidos
de dulces promesas.

Allí está luciendo
la corta chaqueta,
pantalón de pana,
camisa entreabierta
cordobés sombrero,
y al desgaire puesta
una faja celeste, su traje
gitano completo.

Gitano y gitana
se quieren de veras,
se quieren y en vano
por tanto se esfuerzan,
cuantos ser un punto
los dueños quisieran
de la hermosa gitana que tiene
su puesto en mi puerta.





LAS CALLES DE ANDALUCÍA

Calles de la tierra mía,
¡como viéndolas tan bellas
el corazón se extasia!
¡como olvidar sus querellas
hacen al que vive en ellas,
las calles de Andalucia!

Fulge el sol en los balcones,
más que balcones jardines,
en donde, en lindas prisiones,
canarios y colorines,
dan al viento sus canciones
entre rosas y jazmines.

De los balcones rivales,
las rejas, que al suelo tocan,
brillan, en tintas iguales,
y entre nardos y rosales,
al transeunte provocan,
labios que el osculo invocan,
tan rojos como corales.

Rientes labios bermejos
que sus años juveniles
hacen que evoquen los viejos

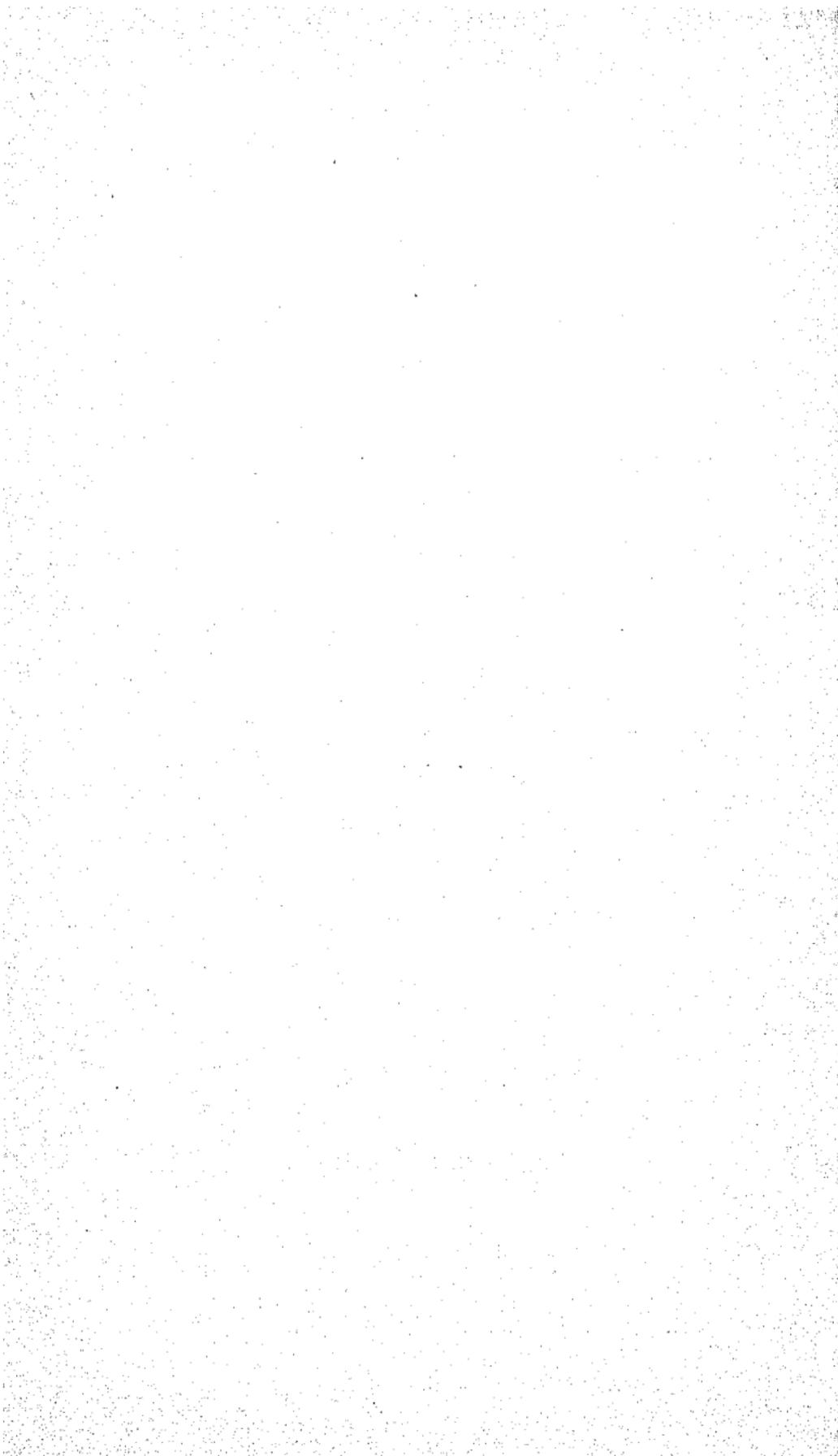
y floren viendo tan lejos
sus ya pasados abriles
y que aborrezcan, seniles,
las lunas de los espejos.

El pescadero la ingrata
vida por ganar, los sones
de sus pregones desata;
gritando: ¡La flor y nata
de la mar; llevo dentones
y llevo los boquerones
branquitos como la *prata!*

—Llevo la flor de las flores,—
grita el florero, en la esquina—
el clavel de tos colores
y el nardo y la clavellina
y la rosa, la más fina,
y de mas ricos olores.

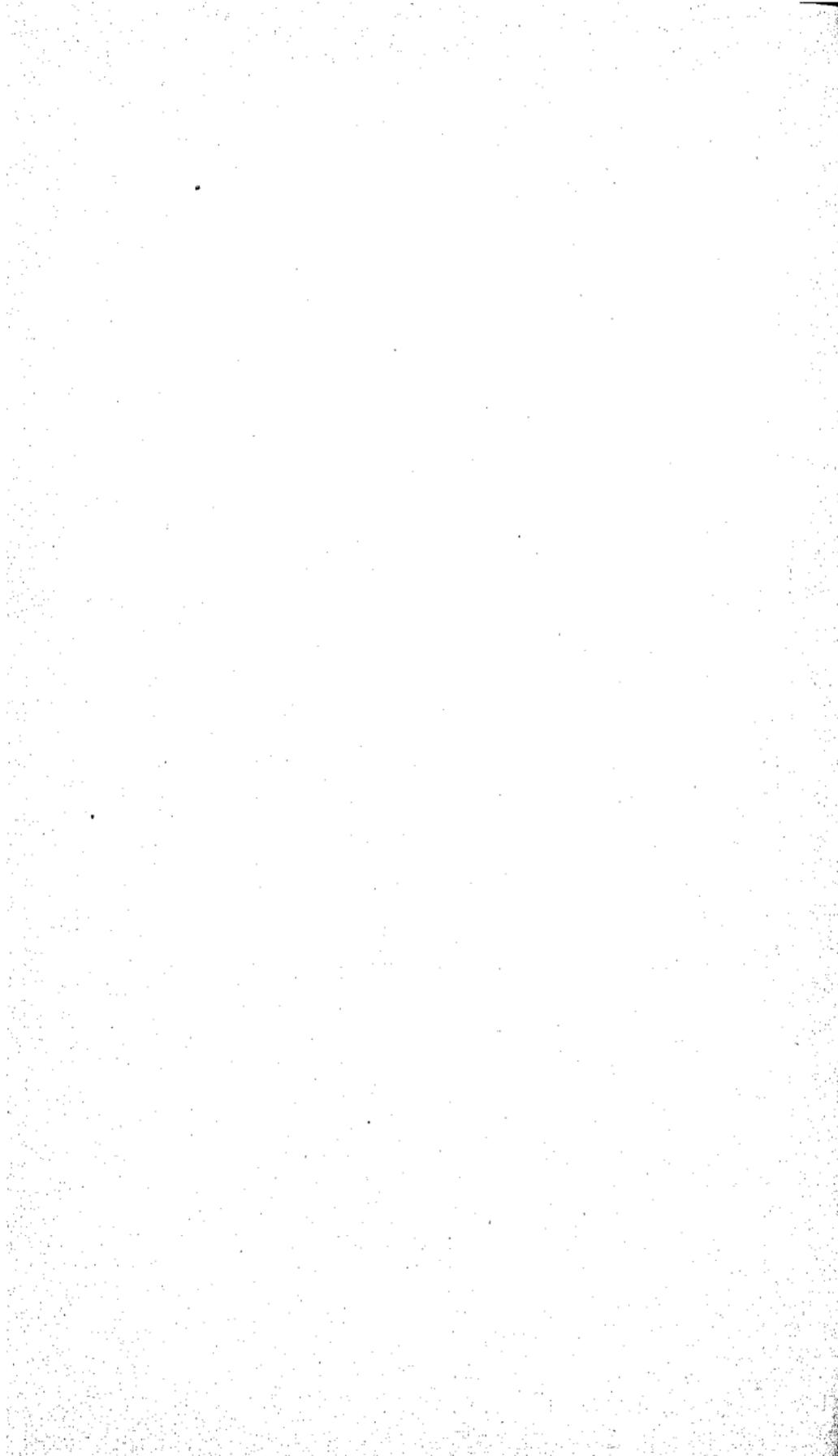
Del sol á la luz ardiente,
ardiente luz meridiana,
brilla la calle riente,
cual fúlgida estofa indiana,
cual la alcatifa africana
de un Califa del Oriente.

¡Calles de la tierra mía!
¡como viéndolas tan bellas
el corazón se extasía!
¡como olvidar sus querellas
hacen al que vive en ellas.
las calles de Andalucía!



ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
Al paso	5
En mi barrio	11
Dar en laja	21
De antaño	29
Pena merecida.	41
Dulce engaño	47
Palique	55
Siempre niñas.	61
Un desengaño.	67
Por meterse á redentor.	75
Al despertar.	85
Idilio	91
La derrota del Patita	95
Gitanerías.	103
Dos coplas	107
Faroles	117
Entre riscos.	129
Sentencia cumplida.	143
Lo de siempre.	147
Penas hondas	153
La bailadora andaluza	157
Oro de ley	161
El contrabandista.	193
La castañera	197
Las calles de Andalucía	201



Obras del mismo autor

DESDE EL SURCO.	Poesías
CARTUCHERITA.	Novela
EL LAGAR DE LA VIÑUELA.	Id.
DEL BULTO A LA CORACHA.	Cuentos
COSAS DE MI TIERRA.	Id.
CUENTOS ANDALUCES.	Id.
LA GOLETERA	Novela
OTOÑALES	Poesías
LAS DE PINTO	Novela
BÉTICAS	Poesías
DE ANDALUCÍA.	Cuentos
CIELO AZUL	Novela
DE MIS PARRALES.	Cuentos